MUERTE EN LA ESTRATOSFERA

por GEORGE H. WHITE.

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

JOSÉ LUIS

George H. White

MUERTE EN LA ESTRATOSFERA

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

David Stewart.—Comandante de la Escuadrilla 112 de Cazas VTO.

Elizabeth Mllton.—Oficial del WAFS, ex-mujer de David Stewart.

Sidney Hart.—Ayudante del comandante Stewart.

Horst Knebel.—Teniente aviador, sucesor de Hart.

Fletcher Lockwood. — Coronel jefe del Grupo 222 de Caza.

AL LECTOR

ESTA es una novela más futurista que fantástica. Los hechos que aquí se relatan son lógicamente previsibles. Las escenas descritas fáciles de imaginar. Las armas "fantásticas" que intervienen en las supuestas batallas existen y, cuando no están almacenadas en gran cantidad en los arsenales secretos de los Estados Unidos, están en período de experimentación o en una fase muy avanzada de estudio.

La historia de David Stewart, militar piloto y norteamericano, es en cierto modo vulgar y bien podría pasar por la de cualquier lector. Porque David Stewart ya ha nacido. Muchos David Stewart como el héroe de esta narración, aquellos que tomaran parte en la guerra del futuro próximo, asisten hoy a millares de escuelas, libran sus primeras escaramuzas amorosas con muchachas de trenzas largas y faldas corlas y no se preocupan en absoluto de las guerras. Los sentimientos y reacciones de este David Stewart, que todavía ignora su destino, son aproximadamente las mismas que dominarán a una generación sobre la que pesa el trágico estigma de la primera guerra atómica.

La época en que transcurre esta historia está por desgracia demasiado cerca para que nadie pueda encogerse de hombros ni se consuele con la egoísta idea de que su edad le evitará presenciar cosas tan horribles. Ninguno de los posibles lectores de este libro puede inhibirse de tema tan grave como el que aquí se trata. Cualquiera de ustedes puede ser en el transcurso de muy pocos años el piloto de caza supersónico, el tripulante del bombardero que vuela por la estratosfera transportando un proyectil de apocalíptico poder, el hombre que dispara una V-2 de gran alcance, el timonel del submarino que avanza bajo las aguas impulsado por motores atómicos, el soldado que se bate entre gases mortales o... ¡ay!, el simple habitante de una ciudad o el obrero de una fábrica que es víctima de una de esas terroríficas bombas atómicas.

El tremendo alcance de las modernas armas de destrucción en masa hacen que nadie, sea hombre, anciano, mujer o niño, puedan considerarse a salvo de las tremendas consecuencias de una tercera

Guerra Mundial.

Hacerles un avance literario de lo que serán sus sufrimientos físicos y morales puede parecer morboso y cruel, pero el autor afronta esta acusación animado por la esperanza de que, un mejor conocimiento de lo que será esa guerra futura, aplaque los ardores belicistas de cierto sector del público y levante las airadas protestas de los pacíficos horrorizados —con justicia— de la hecatombe que se cierne sobre la Humanidad inconsciente y suicida de nuestros días.

Ojalá las naciones sobre quienes pesa la responsabilidad de encender una nueva guerra se dieran la mano fraternalmente en paz y buena armonía. Ojalá las visiones futuristas de este libro se perdieran en el vacío del tiempo como una flecha que se pierde en el espacio después de errar el blanco. Si fuera así, todos, absolutamente todos, deberíamos darnos por satisfechos de poder decir algún día: "¡Gracias a Dios. De buena nos hemos librado!..."



CAPITULO PRIMERO

EL ULTIMATUM.

DESDE 3.000 metros de altura, inclinando su aeroplano sobre un ala, el comandante David Stewart lanzó una larga mirada sobre la capital de los Estados Unidos que se deslizaba vertiginosamente bajo sus pies.

Por un fenómeno óptico, el blanco edificio del Capitolio que dominaba la ciudad desde la cima de una colina, a orillas del río Potomac, parecía de color rosa bajo los rayos del declinante sol. Los ojos del comandante identificaron fácilmente el malí, aquella especie de alfombra de ondulante césped de kilómetro y medio de extensión; el panteón de mármol blanco del monumento Jefferson, y la Casa Blanca frente a la plaza de Lafayette. Al Oeste, como un gran espejo, centelleaba el magnífico estanque, viéndose también el monumento suntuario de Lincoln y, más allá, los nueve gráciles arcos del puente Arlington sobre el plácido Potomac.

E] enorme edificio del Pentágono del Departamento de Guerra con sus cinco pisos, sus cinco costados y su enorme solar de 130 hectáreas, despertó en David una oleada de melancólicos recuerdos.

En aquella formidable mansión trabajaba seis años atrás Elizabeth Milton. David habíala conocido allí y había paseado con

ella por el dilatado *mall* y bajo los cerezos en flor de las orillas del río Potomac hablándole de su repentino y apasionado amor.

¡Cuán remoto le parecía hoy todo aquello!

Volando a razón de 1.000 kilómetros por hora, la escuadrilla de cazas-bombarderos que conducía el comandante dejó rápidamente atrás la capital. Washington quedó a sus espaldas, hundiéndose en el horizonte, pero Dave Stewart continuó recordando los momentos más felices de su vida, transcurridos en aquella ciudad.

Revivió con el recuerdo aquellos días en que ansiaba casarse con Elizabeth Milton, cuando se sentía completamente feliz y el mundo libre confiaba todavía en llegar a un acuerdo que le permitiera vivir en paz con el inquietante y agresivo Oriente.

Nada quedaba de aquellos tiempos, excepto el recuerdo. Después de tres años de matrimonio, durante los cuales habían alternado los períodos de paz conyugal con las épocas de angustiosa tirantez, Bess había solicitado el divorcio recobrando así aquella libertad que tanto parecía echar de menos. David Stewart hacía tiempo que no era feliz, y el mundo libre había perdido por completo las esperanzas de apaciguar a la ola roja que, saliendo del corazón de la Unión Soviética, inundaba toda Asia amenazando engullir lo poco que quedaba de una Europa desfallecida por el miedo y una América consumida por la rabia.

La Humanidad se abocaba fatalmente hacia el abismo que la destruiría y no parecía existir fuerza capaz de Impedir la cruenta guerra que se avecinaba. Los años de precaria paz que siguieron a 1945, sólo hablan servido para demostrar que nada ni nadie detendría a la Invasión comunista, excepto, tal vez, la horrenda guerra que los pueblos libres trataron de evitar por todos los medios haciendo concesiones de toda especie.

Hoy, sin embargo, la gran nación norteamericana había llegado al límite de su paciencia. De continuar las cosas como estaban, los Estados Unidos, y con ellos todos los Estados americanos, serían fácil presa de la horda amarilla, que agitaba desde el otro lado del planeta su puño amenazador. Extraños gérmenes, sembrados desde el aire por «aviones fantasmas» y difundidos por los agentes comunistas radicados en el país, habían echado a perder las cosechas de cereales y legumbres de toda América. Bacterias de una virulencia extraordinaria originaron una peste que acabó en cuestión de semanas con todos los ganados del Norte y el Sur de América.

Ni la pérdida de las cosechas ni la peste que destruyó la riqueza ganadera del continente americano eran casuales. La mano de los zares rojos establecidos en el Kremlin andaba en aquellas

catástrofes. Las consignas emanadas por Moscú eran claras y terminantes. Había que sumir a América en un colapso económico, debilitarle de tal forma que al fin tuviera que entrar en guerra con sus silos vacíos, sus reservas de carne destruidas, su industria paralizada y su pueblo desalentado y mal nutrido.

En la hora presente, cuando Dave Stewart volaba hacia el Nordeste al frente de una escuadrilla que acababa de recoger de una base aérea del interior, el Gobierno de los Estados Unidos acababa de dirigir un ultimátum a la Unión Soviética conminándola a retirar los cuatro millones de hombres y los miles de buques, lanchones de desembarco y aeroplanos que habían reunido en el extremo oriental de Asia, al otro lado del estrecho de Bering y a sólo un centenar de kilómetros del territorio de Alaska.

A la sazón, Norteamérica acababa de movilizar todos sus cuantiosos recursos bélicos, humanos y económicos apercibiéndoles para entrar en una guerra que, retardada a fuerza de sufrir humillaciones, surgía al fin por el horizonte como una negra tormenta que amenazara arrasar toda América.

Dave Stewart, como un norteamericano más, enfrentábase lleno de dudas y temores con el incierto porvenir. Confiaba en la victoria final de Norteamérica y sus aliados, pero no ignoraba, como tampoco lo ignoraba ningún norteamericano, que la lucha sería larga, cruenta y catastrófica para vencidos y vencedores.

En la Primera y Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos lucharon lejos de sus fronteras, manteniendo sus ciudades y su poderosa industria lejos de las bombas enemigas. Pero en esta Tercera Guerra, las temidas bombas atómicas del enemigo podrían alcanzar todos los rincones del país, bien fueran transportadas por los bombarderos de gran radio de acción o en forma de proyectiles dirigidos lanzados desde submarinos b desde el mismo corazón de la U. R. S. S.

Ninguna ciudad, ni una sola fábrica podía ya confiar en la geografía y las grandes distancias que les salvaran antaño. Los norteamericanos lo sabían, y apenas se hizo público el comunicado de Washington, sin esperar la respuesta de Rusia al ultimátum, los habitantes de las grandes ciudades se dejaban dominar por el pánico y se lanzaban apresuradamente hacia los espacios abiertos del campo y la montaña.

Dave y sus pilotos acababan de volar sobre carreteras donde el tráfico se apiñaba hasta e] punto de paralizarse. Habían visto trenes interminables con racimos humanos colgando de sus estribos y amontonados sobre los techos, moviéndose lentamente hacia el Oeste. En vano la radio aconsejaba calma y serenidad. Quienes

disponían de un automóvil se apresuraban a escapar de aquellas ciudades y centros industriales que por su importancia pudieran atraer sobre sí las bombas atómicas fabricadas en Rusia.

El propio Dave pensaba en su hijito y esperaba del buen sentido de su ex esposa que hubiera dispuesto la fuga del muchacho antes que se produjera el pánico y medio Nueva York se volcara en las carreteras, en las vías férreas e incluso en los buques surtos en su enorme bahía.

Quince minutos después de haber volado sobre Washington, la escuadrilla 112, mandada por David Stewart, dejaba atrás la costa de Nueva Jersey y se adentraba en el mar para alcanzar su base por la ruta más corta.

Eran en total nueve aeroplanos VTO del último modelo, nuevos, flamantes y pintados de color verde. Mirándolos a través de los cristales de su cabina, Dave sentía una íntima satisfacción mientras admiraba sin cansarse sus finas y bellas líneas.

Los aviones VT'O, siglas de «Vertical Tafee Off» (despegue vertical), constituían actualmente la principal arma defensiva de los Estados Unidos. Las Fuerzas Aéreas norteamericanas (habían comenzado a experimentar en los aeroplanos VTO en el año 1950, utilizando para ello un crédito inicial de 20 millones de dólares asignado a este fin. Los dos primeros modelos experimentales; el XFV-1 y el XFY-1, construidos por las firmas «Lockheed» y «Convair», respectivamente, habían dado tan buenos resultados, que fueron los iniciadores de una verdadera revolución aeronáutica, activando los estudios hasta llegar al actual «Convair XF-8E», que tripulaba el comandante David Stewart.

El XF-8E era una máquina de 8 metros de envergadura por 15 de longitud. Parecía increíble que pudiera sostenerse en el aire con aquellas sus pequeñas alas en forma de triángulo y, sin embargo, el cazábombardero «Convair» no sólo se mantenía en el aire apoyándose sobre sus alas en forma de delta, sino que lo surcaba como un meteoro a la tremenda velocidad de 3 «Mach» horarios, o sea una marcha tres veces superior a la del sonido[1].

Posado en el suelo, el «Convair» se apoyaba verticalmente en los extremos de las alas y en los del timón de dirección, el cual se prolongaba por debajo del fuselaje hasta buscar la simetría con la parte superior normal.

El secreto del despegue vertical radicaba exclusivamente en los motores y en las hélices del aparato. La planta motriz estaba constituida por un doble motor a reacción acoplado en una sola unidad que accionaba dos hélices situadas en la proa V cuyos ejes giraban uno dentro del otro. Estas hélices, de palas triples, cortas y

robustas, giraban en sentidos opuestos —de contra-rrotación—, anulando así el peligro del par giroscópico que en los helicópteros de un solo rotor tenía que ser compensado con otra pequeña hélice situada en la cola.

Las dos turbinas iban instaladas una al lado de la otra, tomando el aire por sendas toberas axiales y ocupando casi por entero la longitud del fuselaje, proporcionando, al mismo tiempo, un empuje de reacción suplementario con los gases que escapaban por la tobera de popa. Si uno de los dos motores se paraba, el otro disponía de fuerza suficiente para sostener el avión en el aire y poder regresar sano y salvo a la base.

En el primer modelo experimental que se probó en 1954, el «Convair XFY-1» se reducía a lo hasta aquí consignado. Los motores accionaban las hélices. Estas se atornillaban en el aire como las palas de un helicóptero y levantaban la máquina vetrticaimente. Cuando el piloto consideraba que estaba, a una altura conveniente, bajaba la proa del aparato, ponía a éste en posición horizontal y volaba apoyándose sobre sus alas e impulsado por sus dobles hélices como un aeroplano corriente... Para tomar tierra, el piloto ejecutaba la misma maniobra a la inversa. Llegado sobre el punto de aterrizaje, hacía elevar la proa del avión hasta que éste quedaba apuntando al cielo y, prácticamente, colgando de sus hélices. Quitando gas poco a poco, el piloto hacía descender la máquina verticalmente hasta que los extremos de las alas y de los timones. de dirección entrapan en contacto con el suelo. Cuatro pequeñas ruedecillas provistas de amortiguadores hacían que el choque contra el piso fuera suave y permitían el rodaje de ¡a máquina arriba y abajo de las pistas.

Las ventajas de esta forma de despegar y tomar tierra eran demasiado grandes para que los altos jefes de las Fuerzas Aéreas, y muy especialmente los de la Marina, no se interesaran profundamente por los aviones VTO. Con este tipo de aeroplanos estaban de sobra las largas pistas de cemento de 3.000 metros y más, que necesitaban para tomar tierra los aviones dotados de alas pequeñas y gran velocidad. Cualquier remota ciudad podía tener sus propias escuadrillas de caza alojadas en las azoteas de sus edificios. En la selva, en el desierto, en las regiones polares y en las zonas próximas a los frentes de batalla, los aviones VTO podían aterrizar y despegar sin necesidad de los grandes, costosos y vulnerables aeródromos, cuya construcción y conservación gravaba, sensiblemente los presupuestos militares de todos los países.

En lo que concernía a la Marina, las ventajas de los aeroplanos de despegue vertical sobre todos los modelos convencionales se multiplicaban por mil. Cualquier buque, por pequeño que fuera,

podía llevar y llevaba a bordo uno o varios de estos rápidos aviones.

En los primeros modelos, la velocidad máxima de los cazas VTO apenas si alcanzaba los 1.000 kilómetros por hora. En el modelo XF-8E, los constructores habían reunido en un solo aeroplano las ventajas del helicóptero, las del avión de velocidad relativamente baja para el apoyo de las fuerzas terrestres y la velocidad meteórica de los aviones «Stratojet». Las hélices, accionadas por una turbina de gas, continuaban siendo las que permitían despegar verticalmente. Utilizando solamente las hélices, el Convair podía alcanzar velocidades próximas á las del sonido, pero para volar por la estratosfera, a razón de 3.600 kilómetros a la hora, disponía de un reactor simple que se embragaba cuando la máquina iba lanzada a más de 700 kilómetros por hora.

El reactor simple se diferenciaba de la turbina de gas en que carecía de compresor rotatorio y de turbina. El reactor simple no era más que un tubo con un agujero de entrada para el aire más pequeño que el de salida y una válvula para introducir el combustible aproximadamente a mitad de su recorrido.

El reactor debía desplazarse a una velocidad superior a 700 kilómetros por hora si se quería obtener la presión necesaria del aire en el agujero de entrada. Como era imposible obtener esta velocidad desde el mismo momento del despegue, el reactor simple (llamado familiarmente «tubo de estufa») tenía que ser elevado por algún medio auxiliar hasta que alcanzaba la velocidad adecuada y entraba en condiciones de funcionar con plena autonomía.

El motor de «ramjet» era fabulosamente rápido y potente. Albergaba tanta fuerza que, durante las pruebas efectuadas en Daingerfield (Texas) y en Cleveland, hacía temblar las paredes y las vajillas a cinco o seis kilómetros de distancia. En la planta Wright de Wood Ridge (Nueva Jersey), fueron precisos una enorme batería de silenciadores, fuertes muelles y 150 toneladas de cimiento cementado para sofocar los terribles rugidos del «ramjet», de modo que no rompieran los cristales, agrietaran los edificios ni ensordecieran a la vecindad.

Mucha gente había estado preguntándose mucho tiempo por qué los ingenieros no combinaban el «turboje» y el «ramjet» para alcanzar velocidades fabulosamente elevadas. La respuesta era una y bien sencilla: antes de poder hacer esta combinación ideal era preciso encontrar primero aleaciones en el material de los aviones capaces de resistir el tremendo calor resultante de la fricción del aire con semejante meteoro construido por la mano del hombre.

Ahora, la combinación soñada alcanzaba su plena realización en el «Convair XF-8E», el avión con tripulación humana más rápido del

mundo.

CAPITULO II

¡GUERRA!

LA base del grupo 222 de caza estaba enclavada entre las arenosas dunas del extremo oriental de Long Island. Estaba tan magníficamente enmascarada que no sólo era invisible desde el aire, sino que también hubiera pasado desapercibida a los ojos de cualquier curioso que pasara con su automóvil junto a ella, caso que se permitiera a ningún fisgón acercarse por allí.

La torre de control adoptaba la pintoresca forma de una quinta de recreo en la que no faltaba su jardín, su campo de tenis ni su piscina, propia de un ricacho de los muchos que tenían villas en Long Island para venir desde Nueva York a pasar los fines de semana. Nada de cuanto alcanzaba la vista desde la torre de aquella casa denunciaba la presencia de una de las poderosas bases aéreas en las que el país basaba su seguridad y su defensa. Los hangares eran subterráneos. Debajo de la estepa erizada de juncos y de las suaves colinas de arena salpicadas de matojos se abrían profundos túneles, hangares y depósitos de carburantes y proyectiles en cantidades considerables.

Sólo pisándolas o llegando hasta muy cerca de ellas podrían advertirse ciertas secciones de terreno donde la arena era de una dureza extraordinaria... cemento en realidad, aunque no lo pareciera. Cada uno de estos grandes rectángulos de hormigón era la plataforma de un gigantesco montacargas para subir y bajar los cazas VTO.

Cuando el comandante David Stewart llegó a Long Island Field al frente de su flamante escuadrilla, el sol caía sobre el horizonte arrancando chisporroteos de fuego de la cúpula acristalada del faro, que los aeroplanos que iban a esta base tomaban como punto de referencia.

Guiándose por el radar, el cazabombardero de Dave se posó en uno de aquellos diminutos rectángulos de cemento. Apenas las ruedecillas de los extremos de las alas y los timones chocaron

blandamente sobre el suelo, y todavía giraban las hélices en sentidos opuestos por encima de la cabeza del piloto, cuando la sección dei piso sobre la que acababa de aterrizar comenzó a bajar por un largo pozo de forma rectangular.

Unos segundos más tarde, Dave se encontraba en uno de los espaciosos hangares subterráneos, donde los focos eléctricos brillaban continuamente con una luz blanca y sin sombras. El personal de tierra estaba constituido en su casi totalidad por muchachas del Servicio Auxiliar Femenino de las Fuerzas Aéreas (WAFS). Una cuadrilla de estas jóvenes ataviadas en «mono» de trabajo masculino empujaron al Convair haciéndolo rodar sobre su tren de aterrizaje. El aeroplano pasó sin sacudidas desde la plataforma del montacargas al piso del hangar, que estaba a su mismo nivel.

Apenas la máquina había abandonado el ascensor cuando la plataforma de éste, formada por un colosal bloque de cemento de tres metros de espesor, subió de nuevo, empujado por seis recios pistones de acero y un dispositivo hidráulico accionado por un colosal equipo de bombas. Las muchachas acercaron una escalerilla al costado del caza. Una de ellas subió diligentemente para ayudar al comandante a descorrer la cubierta transparente de la cabina.

La base del grupo 222 de caza no había sido construida bajo tierra con el solo objeto de hacerla invisible desde el aire o el cercano mar, sino para que sus aeroplanos, personal e instalaciones pudieran sobrevivir a las violencias de un posible bombardeo atómico y seguir funcionando incluso inmediatamente después de haber sido bombardeada de aquella manera.

Un intrincado laberinto de túneles ponía en comunicación los diversos hangares con sus respectivos montacargas, los talleres, los alojamientos y lugares de esparcimiento del personal y los depósitos de bombas y carburantes. Un poderoso grupo electromotriz generaba energía eléctrica suficiente para mover las bombas hidráulicas de los montacargas y los múltiples ascensores secundarios, daba luz a toda la base y movía a lo largo de los túneles infinidad de pequeñas carretillas eléctricas que tomaban la corriente por troles y circulaban silenciosamente sobre neumáticos.

Para trasladarse a las oficinas del coronel Fletcher Lockwood, al que debía de dar cuenta de su llegada con la nueva escuadrilla, Dave tomó una de estas carretillas eléctricas guiadas por mujeres. El coronel se encontraba en aquellos momentos en la «villa». Esta no era una simple construcción lujosa, como aparentaba por fuera. Su coquetón revestimiento ocultaba todo un sólido «bunquer» de cemento armado, construido con vistas a resistir la explosión

cercana de una bomba atómica.

La quinta era por dentro mucho más pequeña de lo que parecía vista por fuera. Las habitaciones eran pequeñas y húmedas como calabozos, estaban desprovistas en absoluto de ventanas y tenían sólidas y pesadas puertas blindadas con planchas de plomo. Casi todas las personas que circulaban por los corredores eran muchachas del Cuerpo Auxiliar Femenino.

Cerca ya de la sala de control, Dave tuvo que pegarse a una pared del corredor para dejar paso a una esbelta muchacha de uniforme. A dos metros de distancia se miraron a los ojos.

—¡Bess! —exclamó Dave sorprendido agradablemente.

—¡Hola, Dave! —saludó ella fríamente, haciendo como que no veía la mano tendida del hombre.

Dave Stewart retiró su diestra enrojeciendo hasta la raíz de los cabellos. Nunca había podido comprender este rencor de su ex-mujer, después de haberle concedido el divorcio que ella pedía.

Elizabeth Milton pareció leer en los ojos de su ex-marido el desconcierto de éste y trató de dulcificar su sonrisa mientras decía:

—El mundo en un pañuelo, ¿verdad?

—¿Cuándo llegaste? —interrogó Dave— ¿Tal vez te han destinado a esta base?

—Me han destinado al Grupo Doscientos Veintidós. Ignoraba que tú estuvieras aquí.

—No es necesario que te esfuerces en hacérmelo creer —repuso Dave con aspereza—. Jamás se me ocurriría pensar que habías solicitado venir a Long Island Field por verme con más frecuencia.

—La verdad es que solicité esta base por estar más cerca de Nueva York y de Ted —dijo Bess mirando a otro lado.

—¿Cómo está? —preguntó el comandante.

¿Ted? Estaba perfectamente anteayer, cuando telefoneé a Nueva York desde California.

—¿Quieres decir que está todavía allí? —preguntó Dave lleno de alarma.

—Lo ignoro. El ajetreo del traslado no me dio tiempo a telefonear anoche y hoy fue imposible. Las líneas de Nueva York están continuamente ocupadas por millares de personas que intentan comunicar con sus familias desde todos los puntos del país. Confío, sin embargo, en el buen sentido de mamá. Ella, sin duda, habrá sido de las primeras en abandonar Nueva York con Ted al saberse lo del ultimátum.

— ¡El buen sentido de mamá! —exclamó Dave despectivamente —. ¡Estamos aviados si confías la salvación de tu hijo a las

previsiones de tu madre! Nunca fue una mujer juiciosa. ¿Por qué había de serlo ahora?

¡Cuidado, Dave! —dijo Bess alzando una mano y arrugando su lindo entrecejo—. No permitiré que ofendas a mi madre.

—No es mi intención hacerlo. No serviría para nada ni dispongo de tiempo ahora para decir cuánto pienso acerca de tu madre. Lo que quiero saber es qué habéis hecho de mi hijo. Tú hablaste con tu madre anteayer… bien. ¿Mencionasteis la conveniencia de que abandonaran Nueva York?

—No. Fue una conferencia muy corta y, además, en aquel momento todavía existían esperanzas de que no hubiera guerra.

Dave Stewart miró al cielo como poniéndolo por testigo de la insensatez de aquellas mujeres y resolló con fuerza.

—Bess —dijo con severidad—, si le ocurriera algo al niño, tú serías la única responsable. Eres su madre. Jamás debiste separarte de él confiándolo a la custodia de su abuela.

—No querrías que lo arrastrara conmigo de base en base. Es demasiado pequeño todavía.

Tú sabes bien lo que yo quería. El puesto de una madre está al lado de su hijo. Pero tú, naturalmente, prefieres disfrutar de tu preciosa libertad continuando en el Cuerpo Auxiliar y yendo de una parte a otra como una alocada chiquilla de quince años.

—Soy libre y dueña de ir donde me parezca —advirtió ella agresivamente.

—Sí, lo sé —cortó Dave con un rugido—. No es menester que me lo recuerdes cada vez que hablamos. Eres libre de ir donde te dé la gana, pero si realmente te estorbaba el chico, ¿para qué insististe en llevártelo cuando nos separamos? Ted hubiera estado estupendamente con mis padres en su granja.

—¡El niño no me estorba! —protestó la joven madre enrojeciendo—. Si te molestaras en ir a verle con más frecuencia te convencerías de que está muy bien con mi madre.

—Procuraría verle con más frecuencia si para entrar en tu casa de Nueva York no tuviera que hacerlo como un indeseable ni sufrir las miradas asesinas de tu mamá —repuso Dave airado—. Además, el niño no me quiere. Sabe Dios la de cosas que le habréis dicho en contra mía.

—¡Dave! —gritó la joven levantando sus sonrosados puñitos a la altura de la cara del comandante—. ¿Insinúas que mi madre se entretiene en predisponer al niño en contra tuya?

—No lo insinúo, ¡lo afirmo! —Proclamó Dave alzando la voz—. Tu madre me aborrece, siempre me ha detestado. ¡Ella y nadie más

fue la culpable del fracaso de nuestro matrimonio! Si tú no hubieras prestado oído a sus malditas insinuaciones...

¡Basta! —cortó Elizabeth con energía. Y el comandante calló apretando los puños—. Si es cierto que mi madre no te aprecia, culpa tuya es. Nunca hiciste el menor esfuerzo para ganarte su buena voluntad. Por lo demás, estoy muy contenta de haber seguido sus consejos. Ello me ha librado de convivir con un hombre estúpido, mal educado, cabezota y… y...

Las lágrimas ahogaron la voz de la mujer. Se detuvo con el lindo rostro enrojecido de rabia, aspiró profundamente el aire haciendo vibrar las finas aletas de su nariz y concluyó:

—¡Dejémoslo estar. Por fortuna, todo acabó.

Las últimas palabras de Bess percutieron en el pecho de Dave Stewart como sendos brutales puñetazos. Siempre le ocurría así en las contadas, breves y fatalmente tormentosas entrevistas que tuvo con su ex-mujer, después de la separación. En los largos y tediosos intervalos en que estaba lejos de ella, meditaba profundamente sobre la aridez de su vida truncada v elaboraba el discurso conciliador que volvería a unirles. Pero apenas cruzaban las primeras palabras ocurría algo que aventaba sus buenos propósitos. Y en plena disputa, o rematándola como un hachazo, surgían aquellas tremendas palabras: «Por fortuna, todo acabó».

—Sí —contestó Dave temblando de rabia y despecho—. ¡Por fortuna, todo terminó!

Se hizo un largo y tenso silencio. Una muchacha de las WAFS, que venía por el tortuoso corredor con los brazos llenos de carpetas, les obligó a pegarse de espaldas a la pared. La joven pasó murmurando una excusa y los dos jóvenes se miraron a los ojos entre furiosos y arrepentidos.

—Bueno —farfulló Dave—-. En resumen, continuamos sin saber el paradero dcl chico.

—He pedido permiso al coronel Lockwood para que me permita ir mañana temprano a Nueva York. Me lo ha concedido a condición de que la Unión Soviética dé alguna respuesta satisfactoria a nuestro ultimátum y no comience la guerra esta misma noche.

—¿Por qué no intentas telefonear de nuevo?

—No he dejado de intentarlo. Tal vez me concedan la conferencia dentro de un rato.

Dave asintió dando profundos cabezazos.

—Perfectamente. Si adquieres alguna noticia antes de mañana, te agradeceré me lo comuniques. De lo contrario, y si no hay guerra, también yo solicitaré un corto permiso para largarme hasta

Nueva York.

—Descuida. Te avisaré.

Dave soltó un gruñido, la saludó con un movimiento de cabeza y salió de la «quinta», tomando un ascensor que le devolvio a la plazoleta subterránea que había debajo del «bunquer» y de la que partían todos los túneles que conducían a los diversos lugares de la base.

Cuando Dave entró en el comedor, poco más tarde, el zumbido de las conversaciones ahogaba el tintineo de varios centenares de cubiertos golpeando contra los platos de loza. Por su techo abovedado, sostenido por gran número de columnas, aquella sala subterránea tenía el aspecto y la resonancia fría de una catedral. El tema sobre el que giraban todas las conversaciones era, naturalmente, el de la próxima y al parecer inevitable guerra. El clima reinante era de pesimismo y preocupación.

Nadie confiaba en una respuesta conciliadora de los comunistas, pero por otro lado, nadie criticaba la actitud arrogante y decidida del Gobierno de los Estados Unidos. Por el contrario, todos estaban unánimemente de acuerdo en que Norteamérica había soportado ya muchas más ofensas y humillaciones de las que ningún país libre y soberano podía tolerar. El mundo se había quedado pequeño. Comunismo y democracia no cabían ya dentro del mismo planeta. Si el choque entre las ideologías opuestas era inevitable, ¿a qué esperar más?

Dave Stewart escuchaba las palabras de sus compañeros de mesa sin levantar los ojos del plato. No podía apartar de su pensamiento la idea de que un hijo suyo quedaba tal vez prisionero en un Nueva-York desencajado por el miedo, esperando el fatal momento en que una bomba atómica dejaría completamente arrasada la ciudad.

La comida terminó, pero nadie salió del comedor. Se esperaba la retransmisión del próximo boletín de noticias. La atmósfera del comedor se llenó de humo de cigarrillos y del aroma del café. Cuando finalmente se anunció por los altavoces que iba a darse el boletín de noticias, se hizo un silencio profundo y total.

La situación, a decir del informador, continuaba siendo la misma. La Unión Soviética no había contestado, por ahora, al ultimátum de Washington. Suiza se prestaba voluntariamente a mediar entre los dos colosos en un desesperado intento para contener el cataclismo. Acababa de solicitar del Gobierno norteamericano que retiraba su ultimátum, pero Washington se negaba rotundamente a dar un solo paso más atrás. Y mientras Suiza y algunos otros países negociaban cerca de las embajadas norteamericanas y soviéticas, los cuantiosos efectivos bélicos que

Rusia y China tenían concentrados en el extremo oriental de Asia empezaban a moverse hacia el estrecho de Bering. Los Estados Unidos, a su vez, ponían en pie de guerra sus escuadrillas de bombardeo atómico dispersas por todo el país y en muchas bases de ultramar. Esto era todo, y no era ciertamente nada tranquilizador.

Los pilotos se pusieron en pie para abandonar el comedor, pero el altavoz continuó diciendo:

—Un momento de atención. El teniente general Berryman, comandante de la Zona, ha cursado una circular que vamos a leer a continuación.

La concurrencia quedó inmovilizada. El altavoz dijo:

—A todos los grupos de caza de mi Zona: La situación es francamente grave. El plazo que nuestro Gobierno ha dado al de la Unión Soviética, y del que todo el mundo tiene conocimiento, expira a las doce en punto de esta noche. De no haber contestación a esta hora deberemos considerarnos en estado de guerra con la Unión Soviética y China. En ese momento habremos llegado al término de una etapa de largos años preñados de amenazas e inquietudes, pero también al instante en que habremos de enfrentarnos con las vicisitudes de una larga y cruenta lucha que no nos es posible evitar.

«Nuestra nación ha trabajado largos años previendo este fatal desenlace y me cabe la satisfacción de asegurar que el enemigo no nos pillará descuidados. He cursado órdenes personalmente para que todos los aeroplanos de todas las escuadrillas afectas a mi zona estén listos a media noche, con los motores preparados para arrancar en cualquier instante, los depósitos llenos de gasolina y su adecuada provisión de proyectiles.

»La seguridad de nuestro país, la de nuestros ciudadanos y nuestros hijos ha sido confiada a las escuadrillas de intercepción. Nuestra tarea consiste en salir al encuentro de los bombarderos enemigos y cortarles el paso antes que puedan llegar sobre nuestras ciudades y nuestras fábricas y arrojar sus bombas atómicas. Hemos sido larga y convenientemente adiestrados para este trabajo y cabe esperar que lo hagamos a la perfección.

»Ante la inseguridad de la hora presente, recomiendo a todos los pilotos bajo mis órdenes que procuren por todos los medios aflojar los nervios y dormir. Contamos con las fuerzas aéreas mejores del mundo, pero el mejor de nuestros aeroplanos no es más fuerte que el más cansado, nervioso o asustado de nuestros pilotos. Esto es todo. Sólo nos falta esperar el momento en que seamos llamados a la lucha y esperar que, con la ayuda de Dios, logremos la victoria inevitablemente.

Al terminar el mensaje, los aviadores se miraron unos a otros con gravedad. Luego salieron hacia el punto donde estaban sus aeroplanos. Todos sentían la necesidad de revisar por sí mismos sus máquinas antes de entregarse al descanso que el general Berryman aconsejaba tan prudentemente, pero que nadie confiaba en conseguir.

*** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** ***

A las 10’30 de l_a noche, después de Haberse asegurado de que todo estaba en orden, el comandante David Stewart y su ayudante, el capitán Sidney Hart, entraban en el espacioso bar de la base.

Casi todos los pilotos y oficiales estaban allí fumando desesperadamente y bebiendo cerveza en grandes cantidades. Las muchachas del Servicio Auxiliar que sonreían tras el mostrador tenían orden de no servir más de una copa de whisky a cada parroquiano. Y cumplían la orden a rajatabla, pese a las protestas enfurruñadas de unos y las palabras y sonrisas capciosas de otros.

A las 10’3'5, cuando Dave y Sid levantaban sus copas de whisky, se escuchó el zumbido del altavoz que tenían sobre sus cabezas. Todos los ojos se volvieron nerviosamente hacia el aparato, mientras el zumbido de las conversaciones descendía rápidamente.

— ¡Atención! ¡Atención! —gritó el altavoz—. Se anuncia desde los puestos de observación de Groenlandia el paso de formaciones masivas de bombarderos soviéticos en ruta hacia el sudoeste. Nuestras escuadrillas de caza libran en estos momentos una gran batalla contra el enemigo. Se espera que éste cruce la frontera de los Estados Unidos con el Canadá a las doce horas de hoy...

Un rugido de rabia brotó de cien gargantas norteamericanas.

—¡.Maldición! —bramó el capitán Hart, estrellando su copa contra el mostrador del bar—. ¡Otra vez nos han ganado la mano esos...!

Dave Stewart sintió un estremecimiento de frío recorrerle la espina dorsal. Sí. La Unión Soviética ganaba la mano a los Estados Unidos, una vez más. Las escuadrillas de bombardeo atómico norteamericanas estarían en estos momentos en plenos preparativos para despegar rumbo a la U. R. S. S., luego que hubiera transcurrido el plazo y se recibiera la orden desde Washington. Procediendo con el desprecio a las reglas de} honor, como era su costumbre, la Unión Soviética había puesto sus escuadrillas en el aire con mucha antelación, disponiendo su horario de forma que los bombarderos penetraran en territorio norteamericano a las doce en punto. Pero

antes de las doce volaban ya sobre las bases norteamericanas en el Ártico y Groenlandia. El vasto imperio comunista aplaudiría, seguramente, esta jugarreta, considerando que la Unión Soviética obraba según las estrictas leyes del honor no asaltando el territorio continental de los Estados Unidos hasta la hora en punto en que expiraba el plazo del ultimátum. La respuesta comunista no iba a llegar, ciertamente, por vía diplomática, sino en forma de una ristra de mortales bombas atómicas.

El rugido del altavoz ahogó las airadas manifestaciones de los aviadores:

—¡Atención!... ¡Atención! ¡Todos los pilotos de caza deberán proveerse de sus equipos de vuelo y y permanecer junto a sus aparatos hasta nueva orden! ¡Los Estados Unidos de Norteamérica están en guerra con China y la Unión Soviética.

CAPITULO III

CUANDO PITTSBURG FUE BORRADO DEL MAPA

AL, saltar de la carretilla eléctrica y mirar en torno, Dave Stewart no pudo reprimir un escalofrío de emoción. A la vista de los cazas VTO y sus pilotos, acudían a su mente los recuerdos de las aventuras de «Buck Rogers» y de «Flash Gordon» que hicieron las delicias de varias generaciones de niños.

Plantados en mitad del hangar, con sus proas apuntando al techo, grandes, flamantes y poderosos, los cazas de despegue vertical se parecían más al sueño delirante de algún ilustrador de historietas fantásticas que a la realización práctica y efectiva de una concepción humana y terrestre.

A su vez, los pilotos parecían personajes preparados para volar a la Luna encerrados en sus sólidos y aparatosos trajes de vuelo. Estos estaban fabricados con plástico, caucho y titanio y además habían sido concebidos especialmente para volar a cuatro veces la velocidad del sonido por la estratosfera.

Hasta los 8.000 metros de altura, la inhalación de oxígeno puro por ¡medio de mascarillas era suficiente para los aviadores; pero por encima de esta altura no bastaba, porque los gases disueltos y repartidos por todo el organismo podían producir embolias y diversos accidentes tales como dolores, hormigueos, convulsiones, parálisis, síncopes, etc.

Para evitarlos era indispensable mantener al organismo en condiciones psicológicas que se aproximaran todo lo posible a las circunstancias en que generalmente estaban situados. Hasta que los aviones volaran a alturas que no sobrepasaban los 12.000 metros se utilizaron aparatos respiratorios concebidos de tal manera que el anhídrido carbónico y el oxígeno se mezclaban proporcionalmente y bajo una presión favorable. Pero por encima de los 12.000 metros, y especialmente cuando se llegaba a la estratosfera, tampoco estos aparatos eran suficientes. Se hacía indispensable «aislar al hombre» y a este efecto se empleaban cabinas estancas o escafandras que proporcionaban a los aviadores un medio ambiente adecuado.

Los trajes de vuelo especiales para tripular los Convair de caza y persecución eran en este aspecto una maravilla de la técnica que sólo distaba muy pocos pasos de los equipos que en un futuro próximo vestirían los tripulantes de los cohetes que fueran a la Luna, o a Venus v Marte.

Primeramente y en contacto con la piel, el piloto de caza se vestía un traje de caucho muy ceñido, por cuyos poros circulaba una corriente de aire suficiente para absorber el' sudor y permitir la «respiración» de los poros. Encima de éste, el aviador se colocaba una especie de armadura de titanio que estaba recubierta interiormente por una película de caucho impermeable. E] espacio que quedaba entre la holgada armadura de titanio y el cuerpo del hombre se llenaba con un aceite fluido especial que le mantenía prácticamente anegado desde los tobillos al cuello. El organismo así aislado se encontraba en condiciones de resistir las más bajas temperaturas, las bruscas aceleraciones y la depresión de los virajes o «salidas de picado» efectuadas a una velocidad tres veces superior a la del sonido.

El equipo quedaba complementado con una hermética escafandra de plástico transparente, al que iban a parar la tráquea para conducir el oxígeno, una tubería para la alimentación en vuelo y los cables de los auriculares y el micrófono alojados en el interior de ella.

Estos pilotos estratosféricos no llevaban paracaídas. Un aviador que se viera obligado a abandonar su avión por encima de los 10.000 metros, quedaría congelado y muerto mucho antes de llegar a tierra. Para escapar a grandes alturas, las Fuerzas Aéreas habían adoptado una nueva técnica denominada «the breakaway cockpit» o «cabina separable». Ya no era el asiento quien expulsaba al piloto librándolo de quedar enganchado con el paracaídas a su propio aeroplano, sino la cabina entera que alojaba al piloto quien era lanzada lejos del avión. Apenas aquella especie de cápsula aerodinámica se separaba de la máquina, se abrían dos paracaídas. Todavía estanca, proporcionaba aire respirable y protección contra el frío intenso de las grandes alturas. Los paracaídas la llevaban despacio al suelo y si caía en el agua flotaba como una canoa.

La Escuadrilla 112 estaba ya lista para despegar a la primera orden cuando el comandante Stewart se presentó en el hangar equipado con su armadura de ligero y durísimo titanio y su escafandra de plástico bajo el brazo. Los cazas formaban corros alrededor de los sólidos pistones hidráulicos que sostenían los colosales bloques de cemento.

Cada «Convair XF-8E» llevaba bajo sus alas en forma de delta 12

proyectiles cohete «Firebird» FA-505. Estos cohetes medían 30 centímetros de anchura y 2’60 metros de longitud, siendo el resultado de varios años de estudios y experimentos de la Ryan Aeronautical Co. Equipados con un motor cohete que utilizaba una mezcla de ácido nítrico y anilina, estaban construidos para alcanzar una velocidad de 4’5 Mach (5.000 kilómetros por hora, aproximadamente). Un «cerebro electrónico» los conducía hasta el blanco, controlándose por medio de una doble fila de timones cruciformes, y al llegar a 8 metros del avión enemigo hacía explosión por medio de una espoleta de proximidad. Podía ser utilizado en vuelos sin visibilidad, tanto de día como de noche, y estallaba automáticamente si fallaba el blanco. Para guiarse, el proyectil utilizaba un «ojo» de radar situado en su cabeza.

Cada avión norteamericano iba equipado con una emisora de radio IFF (Identification Frieud Foe) que permitía a los «cerebros» electrónicos de los proyectiles distinguirles de sus adversarios y variar la ruta.

La misión de los cazas de despegue vertical consistía en llevar el proyectil lo más cerca posible del enemigo (el «Firebird» sólo tenía un alcance de 150 kilómetros con una «vida» de dos minutos), Duscar para él la trayectoria más corta y dispararlo cuando volaba a una velocidad supersónica. El motor cohete del proyectil se ponía a funcionar en este momento y sumando su propio impulso a la velocidad que le proporcionara el caza lanzador, se arrojaba contra el enemigo por medios y conducción propios.

En el momento de reunirse con su escuadrilla, Dave Stewart sentía una molesta opresión en el fondo del estómago. Este malestar se hizo más agudo en el momento que una muchacha de las WAFS le enchufaba una manga a la espita de su armadura y le llenaba de aceite el espacio que quedaba entre ésta y el traje adherido a su piel. Los rostros vueltos hacia él, incluso el de la wafs, estaban tan pálidos como el suyo propio y en los ojos de todos aquellos muchachos podía leerse la misma preocupación y zozobra.

Una extraña quietud reinaba en la base subterránea, en contraste con la agitación y la febril actividad que dominara hasta unos minutos antes. Concluido el acarreo y colocación de proyectiles bajo las alas de los aeroplanos, llenos los depósitos de gasolina y no teniendo nada que hacer por el momento, los hombres y mujeres que formaban otras tantas piezas de aquel poderoso instrumento defensivo esperaban con los brazos cruzados y los nervios en dolorosa tensión.

A las 11’20 se escuchó la voz clara y vibrante de Elizabeth Milton que decía por el circuito de altavoces;

— ¡Atención! ¡Atención!... ¡Escuadrillas 100, 102, 104, 110 y 112,..., a sus aparatos! ¡Prepárense para despegar!

Dave Stewart se sobresaltó al oír mencionar, su propia escuadrilla. Lleno de nerviosismo se volvió hacia sus muchachos y les hizo una seña. Los pilotos echaron a correr hacia sus aeroplanos encasquetándose las escafandras y asaltaron las escalerillas de acero. Dave trepó pesadamente por la suya a causa del aceite, que le añadía varios kilos de peso, ganó la pequeña plataforma superior seguido de una joven wafs y se introdujo en la cabina con la ligereza adquirida por la práctica.

Comoquiera que los aviones VTO adoptaban la posición vertical mientras estaban posados en tierra, el asiento del piloto tuvo que ser montado sobre un eje que le permitía un movimiento de vaivén de 45 grados hacia adelante. Estando el aeroplano en posición vertical, el piloto miraba al fondo de la cabina teniendo sobre su cabeza la proa y las hélices del avión, y a su espalda la cubierta transparente. Cuando la máquina bajaba su proa para volar horizontalmente, el asiento giraba hacia atrás sobre su eje y el piloto adoptaba la posición normal.

Dave se deslizó hasta el asiento. Mientras acababa de encajarse la escafandra, la muchacha de Servicios Auxiliares le enchufó la tráquea al racort del depósito de oxígeno.

—Listo —murmuró—. Buena suerte.

—Gracias, creo que va a hacerme falta —repuso Dave desde el interior de su escafandra por el micrófono.

La joven corrió tras las espaldas de Dave el cristal de la cabina y lo golpeó con los nudillos dos veces. Inmediatamente apartaron la escalerilla con la muchacha todavía sobre la plataforma. El colosal bloque de cemento que formaba la plataforma del montacargas descendía en este momento. Se apagaron las luces blancas de] hangar y en su lugar se encendieron unas débiles luces rojas que infundían al lugar cierto aspecto de un retazo del infierno.

El bloque de cemento se hundió en su hueco previsto y la cuadrilla de tierra empujó al Convair de Dave hasta dejarlo encima de la plataforma. Con el de Dave, otros dos cazas fueron empujados hasta quedar sobre el montacargas. Hasta el interior de la cabina de Dave, cerrada herméticamente, llegó muy apagado el rugido de un claxon. El montacargas salió disparado hacia arriba velozmente. Casi antes de darse cuenta, el comandante se vio en mitad de la oscuridad de la noche, con un cielo cuajado de estrellas sobre él.

Alguien empujaba su aparato sacándolo de la plataforma y dejándole a cierta distancia. Encendió las luces del cuadro de instrumentos y enchufó las clavijas de la radio. En la oscuridad vio

brillar difusamente las luces rojas que emanaban las cabinas de los otros dos aeroplanos más próximos. Por la derecha le llegaba el intermitente alfilerazo de luz del faro de Long Island. Conectó la radio y el radar. Luego permaneció inmóvil durante un minuto, esperando la señal de despegue de la torre.

Allí, solo en su cabina, envuelto en un profundo silencio y en la extraña luz roja del salpicadero, Dave se sintió repentinamente pequeño, impotente y débil. Continuaba sintiendo aquella molesta opresión en el estómago, Le impresionaba la idea de que en estos precisos instantes, envueltos en las tinieblas de la noche, las escuadrillas de bombarderos enemigos volaban a razón de 2.000 kilómetros a la hora hacia la frontera de los Estados Unidos. En el vientre de cada una de aquellas siniestras máquinas se alojaba con toda seguridad una mortífera bomba atómica. ¿Cuántos bombarderos soviéticos lograrían trasponer la barrera defensiva de proyectiles teledirigidos «suelo-a-aire» y de cazas de persecución provistos de cohetes «aire-a-aire»? ¿Dónde caerían aquellas horribles bombas?

La voz de la ayudante de campo, precisamente la voz de Elizabeth Milton, arrancó al comandante Stewart de sus lúgubres reflexiones.

—¡Atención! Escuadrillas listas para despegar. Pongan los motores en marcha y elévense. Recibirán instrucciones en el aire.

Con movimientos automáticos, Dave apretó el botón del puesta en marcha. Los motores zumbaron haciendo girar las paletas rotatorias de los compresores. Estos, a medida que alcanzaban mayor velocidad, iban elevando su fiero aullido a modo de una sirena que agudiza el timbre de su voz. A través de la cubierta de cristal de su cabina Dave podía ver aquí y allá, esparcidas por el campo, las luces de situación rojas y verdes de los aparatos. El terrorífico aullido de sus propios motores le impedía escuchar el coro de bramidos que en este momento taladraba la quietud de la noche en aquel solitario extremo de Long Island.

Cuando las esferas de su cuadro de indicadores le anunciaron que las turbinas habían alcanzado las 5.000 revoluciones por minuto, Dave abrió el conducto de la gasolina y el encendido. Las dos hélices de triples y robustas palas giraron vertiginosamente por encima de su cabeza y los motores arrancaron con un terrorífico rugido.

Con un caza de reacción no era necesario esperar a que él motor se calentara, Dave empujó hacia adelante las dos palancas aceleradoras de las turbinas. Los motores gemelos alzaron su poderoso rugido y las dos hélices de contrarrotación se enroscaron

en el aire tirando del aeroplano hacia arriba.

Mientras ascendía verticalmente comprobó una parte de los múltiples indicadores del cuadro. La cabina de un «Convair XF-8E» era tan intrincada que el piloto apenas si tenía espacio para moverse, rodeado como estaba de esferas, llaves, conmutadores, palancas y pantallas de televisión y radar. La técnica había construido un aparato tan complicado, que el piloto tenía que consultar un centenar de indicadores desde el momento de despegar hasta el de aterrizar de nuevo en la base.

Haciendo todo esto sin dejar de mirar con el rabillo del ojo a la pantalla de radar para vigilar los movimientos de los demás aeroplanos que también estaban ascendiendo, Dave escuchó la voz de su ex-esposa por los auriculares. Estaba dando la contraseña y el rumbo a cada escuadrilla.

—¡Atención, escuadrilla 112! Contraseña «Nick Leader». Contraseña de la base, «Luden». Repita…

—Escuadrilla 112. Contraseña, «Nick Leader». Contraseña de la base, «Luden».

—Atención, «Nick Leader». Suba a mil metros, baje el morro y ponga rumbo dos, nueve, dos. Elévese a doce mil metros. Cronometre. Hora: once y veinticinco. Velocidad, mil. Repito…

Dave escuchó la inevitable repetición, dio la conformidad y llamó a su propia escuadrilla;

—Atención, Sid. Nuestra contraseña es «Nick Leader». La base responde por «Luden»…

—Comprendido, Nick uno. Todos enterados.

—Pues síganme ahora.

Habiendo llegado a los mil metros de altura colgado de las hélices, Dave empujó la palanca de mando hacia adelante. El asiento giró hacia atrás y se encontró en vuelo horizontal y en posición correcta respecto al plano de vuelo. El Convair, apoyándose sobre sus cortas alas, viró hasta el rumbo 292 y empezó a subir lentamente mientras volaba a razón de mil kilómetros por hora.

Treinta minutos más tarde, exactamente a las 11’55, la Escuadrilla 112 volaba sobre el lago Ontario, a 500 kilómetros de su punto de partida y a sólo 25 del territorio canadiense. Dave se preguntaba si el propósito del mando era hacerle volar sobre el Canadá, país que por el momento se mantenía neutral, cuando escuchó nuevamente la voz de Elizabeth Milton:

—¡Hola, Nick Leader! ¡Hola, Nick Leader!

—Nick Leader a la escucha. Hable, Luden.

—¿Cuál es su posición?

—Estoy en medio del Ontario, a unos veinticinco kilómetros del Canadá. Altura doce mil. Velocidad mil.

—Exactamente, Nick Leader. ¡Oiga, Nick Leader! Vire al dos, tres, cinco. Embrague el reactor. Suba a veinte mil metros y manténgase a esa altura a velocidad dos mil. Bombarderos enemigos a las doce en punto, altura dieciocho, velocidad dos mil. Repito…

Dave sintió golpearle fuertemente el corazón mientras escuchaba la repetición de Bess. A los fines de orientación se suponía que el piloto estaba sentado sobre el eje de las manecillas de un reloj, mirando al mediodía. En este caso, los bombarderos enemigos estaban enfrente del comandante Stewart.

— ¡Entendido, Lucien! —repuso en cuanto Bess dejó de hablar. Y a continuación llamó al capitán Hart; —¡Atención, Nick! Nick uno a Nick dos. ¿Han oído?

—Nick dos a Nick uno. ¡O. K.! Entendido. El enemigo debe estar a más de doscientos kilómetros volando sobre territorio canadiense, puesto que no lo veo todavía en mi radar. ¿Por qué no nos dejan volar sobre el Canadá?

—El Canadá es neutral —repuso Dave haciendo virar su máquina sobre un ala.

—Si es neutral, ¿por qué permite que los bombarderos comunistas vuelen sobre su territorio para atacarnos por el norte?

—Tal vez no lo permita, Sid —repuso Dave—. Embraguen los tubos de estufa, muchachos. Cortaremos el paso a esos granujas por encima de Erie.

Dave cerró el conducto de gasolina que alimentaba las turbinas y abrió la llave del reactor simple. El rugido del «tubo de estufa» llegó muy apagado hasta sus oídos y luego fue debilitándose como si quedara atrás y muy lejos. En realidad era esto lo que ocurría. El sonido iba quedando a espaldas de Dave según la manecilla del indicador de velocidad avanzaba sobre la esfera numerada en «Machs».

En las proximidades del «Mach Uno» empezaron a hacerse sentir los fenómenos propios del paso de la velocidad infrasónica a la transónica y supersónica. Toda la máquina vibró estrepitosamente como una vieja carreta lanzada por un camino lleno de baches. Por espacio de unos breves segundos pareció que el Convair iba a desensamblarse y hacerse pedazos, pero el piloto, no se alarmó. Tenía plena confianza en la robustez de su máquina, construida de titanio, y por otra parte, estaba acostumbrado a estos alarmantes fenómenos.

El caza traspuso rápidamente la «barrera del sonido» y pareció entrar en un mundo distinto, silencioso, suave y tranquilo. Ni la más pequeña vibración estremecía a la máquina y, salvo los pequeños ruidos producidos dentro de la cabina, ni el más leve susurro llegaba del exterior. La sensación de seguridad ¡y firmeza no hubiera sido mayor si el Convair se encontrara posado sobre tierra firme, completamente parado.

Tres minutos más tarde, la Escuadrilla 112 dejaba a la izquierda y atrás la ciudad de Rochester y volaba raudamente hacia Búfalo. En el borde derecho de la pantalla de radar de Dave aparecieron unas miríadas de puntitos amarillos. Si hubieran brillado con destellos cortos e intermitentes, Dave los hubiera identificado como aeroplanos propios. Pero las manchas fluorescentes amarillas tenían una luz fija. ¡Allí estaban los bombarderos atómicos soviéticos! A Dave casi le pareció mentira que hubiera llegado el momento tan largamente demorado en que veía en sus instrumentos al mortal enemigo de su pueblo y su cultura.

—¡Hola, Nick uno! —oyó ganguear en sus oídos la voz del capitán Sidney Tart—. ¡Enemigo a ciento setenta y cinco kilómetros a las dos en punto!

—Acabo de verlos en mi pantalla, Nick dos. Atención a Escuadrilla Nick. Prepárense para lanzar cohetes.

— ¡Hola, Nick Leader! —llamó la voz de un desconocido operador de radio —. Aquí Estación Niágara Falls. ¡Bombarderos enemigos a ciento setenta kilómetros a las dos y cinco!

—Localizado, Niágara Falls —repuso Dave roncamente—. Acudimos.

La ruta de la Escuadrilla «Nick» cortaba oblicuamente la trayectoria de los bombarderos atómicos comunistas. Como, además, ocupaban un plano ligeramente superior, los cazas VTO se encontraban en condiciones óptimas para batir los flancos del enemigo con sus meteóricos proyectiles teledirigidos «Firebird». Dos minutos más tarde, la escuadrilla de intercepción dejaba atrás Búfalo y se lanzaba por el lago Erie siguiendo desde 35 kilómetros de distancia la costa sur. Los bombarderos soviéticos se hallaban en este instante a 100 kilómetros de distancia por la derecha de Dave, pero todavía sobre tierras canadienses.

E] capitán Sidney mascullaba una larga, sarta de maldiciones. A esta distancia podían lanzar ya sus proyectiles «robot», poro el respeto a la neutralidad del Canadá les impedía atacar a los bombarderos soviéticos, so pena de que éstos cayeran en el Canadá y explotaran al caer sobre las ciudades que los Estados Unidos consideraban como hermanas. Pero dos minutos más tarde el

enemigo sobrevolaba la frontera del Canadá y se lanzaba sobre el Erie.

—¡Nick uno a escuadrilla Nick! —gritó Dave por su micrófono —. ¡Abran fuego!

En el extremo de la empuñadura de la barra de control tenía Dave un botón de nácar para los cañones de 20 milímetros que montaba en las alas y se apuntaban automáticamente por radar, y un gatillo para lanzar los proyectiles cohete. Dave apretó por dos veces el gatillo, soltando en cada golpe dos «Firebird».

Los proyectiles «robot» salieron por ambos costados de la proa del caza y se perdieron de vista dejando tras sí sendos rastros de llamas. Su vuelo podía seguirse perfectamente en la pantalla de radar, donde parecían pavesas de un incendio llevadas por un tremendo huracán hacia el punto donde brillaban las manchas amarillas de los aeroplanos enemigos.

Los «Firebird» lanzados por Dave no invirtieron más de 40 segundos en alcanzar a los bombarderos soviéticos, haciendo explosión entre ellos con maravilloso tino. Detrás de los proyectiles «robot» de Dave Stewart, 32 «Firebird» más abatieron a unos 20 aeroplanos comunistas precipitándolos a las aguas del lago Erie. Pero la escuadrilla soviética estaba compuesta por unos 50 aeroplanos que volaban a distintas alturas y bastante alejados entre sí.

—¡Fuera bombas! —gritó Dave por la radio, a la vez que apretaba otras dos veces su gatillo.

Los «Firebird» volaban raudamente desde los cazas norteamericanos a la formación soviética dejando en pos las manchas de luz de popa. Dave los vio a través de su pantalla de radar mientras caían sobre el enemigo. Pero en este momento ocurrió algo totalmente imprevisto. Los bombarderos supervivientes se desdoblaron en dos y ello no se debía a ningún hecho sobrenatural ni a error del radar. Simplemente, cada bombardero soviético había lanzado al aire un segundo aeroplano dotado de tremenda velocidad.

—¡Cuidado… cazas enemigos a la vista! —gritó alguien por la radio.

Dave también pensó en el primer instante que los bombarderos habían soltado cazas parásitos para defenderse de los Convair yanquis, pero la suposición era completamente desacertada. Los 20 o 25 aeroplanos que acababan de aparecer en el aire como por arte de magia no mostraron la más pequeña intención de salir en busca de los VTO norteamericanos. Dotados de una velocidad tremenda, se lanzaron como flechas hacia el Sur, en una trayectoria que les llevaba directamente sobre la ciudad de Erie y 175 kilómetros más

abajo, hacia la laboriosa ciudad de Pittsburg.

El comandante Stewart comprendió entonces cuál era la verdadera misión de aquellos bólidos. Las Fuerzas Aéreas norteamericanas también tenían bombarderos que alojaban en su vientre un bombardero parásito más pequeño, pero capaz de llevar la bomba atómica a 500 kilómetros de distancia y una velocidad de 3.500 kilómetros por hora.

AL adivinar la verdad, Dase sintió erizársele los cabellos de terror.

— ¡Atención, escuadrilla! —gritó roncamente—. ¡Abran la espita y síganme… hemos de alcanzar a esos malditos bombarderos parásitos antes que lleguen sobre su objetivo!

Al propio tiempo, Dave Stewart daba un puntapié al pedal de la izquierda y empujaba la barra hacia babor describiendo un violento viraje que acumuló la sangre de sus venas en los miembros inferiores. Pero el aceite que llenaba el hueco existente entre su coraza y su cuerpo también marchó hacia las piernas impulsado por la fuerza centrífuga y neutralizó los efectos del brutal desplazamiento apretando los músculos e impidiendo que se hincharan.

Dave alargó su mano enguantada y abrió completamente la llave del conducto de la gasolina. En sólo un minuto los bombarderos parásitos habíanse colocado a 50 kilómetros de distancia. La escuadrilla 112 viró a babor y salió en su persecución pasando entre los surcos luminosos de los proyectiles «suelo-a-airé» que estaban disparando las baterías antiaéreas situadas a orillas del lago Erie.

Un minuto más tarde, al dejar atrás el primer cinturón defensivo de la frontera, sólo 15 de los 20 o 25 bombarderos suicidas soviéticos continuaban volando hacia el Sur. En este momento, los cazas VTO, mandados por Dave Stewart, funcionando a plena potencia, surcaban el aire a razón de 3.600 kilómetros a la hora. El enemigo estaba a 50 kilómetros de distancia por delante y corría a razón de 3.000 kilómetros a la hora, o sea a 50 por minuto. Tres minutos más de vuelo y caerían sobre. Pittsburg reduciéndolo a cenizas.

Presa de mortal angustia, Dave Stewart tiró furiosamente del gatillo disparando todos los «Firebird» que le quedaban bajo las alas. El cinturón defensivo en torno a Pittsburg apareció por delante disparando centenares de proyectiles «suelo-a-aire». Dave no pudo saber en cierto si eran los «Firebird» de su escuadrilla quienes abatían a los bombarderos enemigos o los proyectiles «Capa» de la defensa antiaérea. Uno de aquellos aeroplanos debió hacer explosión en el aire al ser alcanzado por un proyectil «robot»…

Un descomunal globo de fuego brilló ante Dave, llenando todo el espacio. Deslumbrado, el joven pisó con fuerza el pedal de la derecha para no atravesar como un bólido aquel monstruoso sol radiactivo que parecía venir a su encuentro a razón de un kilómetro por segundo, y al mismo tiempo tiró de la barra de control hacia sí con todas sus fuerzas…

Un velo negro se corrió ante los ojos del piloto supersónico. Ni siquiera el traje especial bastaba para librarle, a tan tremenda velocidad, de los efectos conocidos por el nombre de «black out», porque en aquel instante, la sangre de sus venas era tan pesada como el plomo y el corazón tenía que hacer un tremendo esfuerzo para impulsarla a lo largo de las venas.

Ej desmayo sólo duró unos segundos. Al abrir los ojos y recobrar la visión, Dave se vio subiendo con la proa apuntando al cielo como un cohete ¡que intentara abandonar la estratosfera y volar hasta la Luna. Los instrumentos le anunciaron que se encontraba a 23.000 metros de altura, próximo a alcanzar el «techo» de su máquina. Vio también que habían sido las sacudidas de su aeroplano al pasar de la velocidad supersónica a la transónica quienes le habían despertado. Venciendo verticalmente la fuerza de gravedad y encontrando cada vez un aire más pobre en oxígeno a medida que subía, el motor de su aeroplano había ido perdiendo fuerza y estaba llegando a los limites de su capacidad para funcionar. La proa iba cayendo poco a poco hacia atrás, tendiendo a caer hacia tierra.

Dave ayudó a su aparato, tirando de los mandos hacia sí y dejándose caer de espaldas en el vacío para entrar lentamente en picado. Y fue en este preciso instante, cuando colgaba cabeza abajo, cuando un monstruoso sol de fuego brilló en las profundidades del abismo irradiando una vivísima luz verde-azulada de un matiz increíblemente frío y distinto a cualquier otra luz vista hasta entonces por David Stewart.

El corazón del comandante quedó momentáneamente paralizado por el terror.

— ¡Una explosión atómica… Pittsburg…! —oyó exclamar a alguien a través de su aparato de radio.

¡El Convair picaba hacia tierra mientras el terrorífico globo de fuego subía y se apagaba. Moviendo pedales y palancas por impulsos puramente automáticos, Dave sacó su máquina del picado, la puso en vuelo horizontal y cerró el conducto de gasolina del reactor simple para embragar los turboprop y alejarse de la nube radiactiva formada por la explosión de la bomba atómica.

Inclinando la máquina sobre un ala, Dave echó una mirada abajo con el aliento en suspenso y el alma en vilo. Era Pittsburg,

desde luego, la ciudad que había encajado aquella formidable explosión nuclear. Kilómetros y kilómetros de tierra ardían irradiando un fantástico resplandor rojo que iba a teñir de púrpura la base de un formidable hongo radiactivo y llegaba a chisporrotear en las superficies metálicas de las alas del avión. Este iba perdiendo altura rápidamente y contorneando de lejos el inmenso solar flamígero a que había sido reducido Pittsburg.

El aspecto de la ciudad era sobrecogedor desde el aire. Podía seguirse el trazado de las calles por las líneas de llamas que envolvían lo que quedaba de los edificios, así como de las grandiosas acererías que fueron durante un siglo el orgullo de la industria pesada norteamericana y dieran a Pittsburg renombre mundial. Los dos ríos que allí confluían, el Monongahela y el Allegheny, semejaban sendas corrientes de sangre bajo el resplandor de los gigantescos incendios. Grandes y pequeñas explosiones estallaban en diversos lugares. Las llamas y las nubes de humo eran por momentos más altas y espesas…

Dave Stewart contempló profundamente impresionado aquella espantosa escena de ruinas, desolación y muerte. Hasta sus auriculares iban llegando las voces de sus dispersos muchachos llamándose de aparato a aparato, y estas voces juveniles y roncas por la agitación fueron despertando a Dave de su profundo terror y devolviéndole a la realidad.

Pasó lista nombrando por sus apellidos a cada piloto, no faltaba nadie, pero el teniente Bell expuso su preocupación:

—Los timones obedecieron un poco tarde y creo que recibí una buena dosis de radiación. ¿Qué hago?

—Siga adelante —repuso Dave—. Cuando lleguemos a la base aterrizará lejos de los montacargas y avisaremos para que nadie se acerque al aeroplano. Reúnase tras de mí.

La escuadrilla viró casi en redondo y emprendió el regreso a la base utilizando solamente la impulsión por hélice.

CAPITULO IV

GUERRA DE CONTROL REMOTO

COMO guiados de la mano por el radar, con una precisión y rapidez propias de una operación largamente ensayada, los cazas de la Escuadrilla 112 descendieron verticalmente sobre su base, yendo a posarse en las grandes plataformas de cemento de los montacargas.

En las entrañas de los confortables y sólidos refugios reinaba una actividad febril. Apenas los Convair estuvieron en su hangar subterráneo cuando las cuadrillas de campo se lanzaron sobre ellos arrastrando mangueras y carretillas repletas de largos proyectiles «robot». Mientras su máquina era aprovisionada de gasolina, de aceite, de bombas y de oxígeno, Dave saltó a tierra para encaminarse, con la pesadez que le daba su armadura de titanio, hacia la oficina de información.

La oficina, estrecha y de techo abovedado estaba llena de jóvenes pilotos vestidos de acero, que todavía con el trueno de los motores en, sus oídos, daban cuenta de lo que llevaban hecho o habían visto en el curso de sus misiones.

Cuando Dave se acercó a la mesa y dijo haber volado sobre las ruinas de Pittsburg, hubo un breve silencio cargado de dolor. Uno de los pilotos que estaban presentes se apresuró a salir de aquella especie de mazmorra, ahogando un sollozo.

—Es de Pittsburg —explicó alguien de por allí—. Su viejo es capataz de una acerería y todos sus hermanos trabajaban también en las fábricas de esa ciudad.

Las noticias aportadas por Dave y sus muchachos eran las primeras acerca de una ciudad destruida. Los muchachos de la Escuadrilla 102, que habían volado al norte para interceptar y destruir una formación de bombarderos soviéticos, decían haber visto muy lejos, hacia el nordeste, los resplandores de una explosión atómica que creían procedía de los grandes astilleros de Portland. Pero no se tenían noticias concretas acerca de esta ciudad ni de

ninguna otra. La radio, naturalmente, silenciaba estas cosas que podrían servir de datos al enemigo.

En la espesa atmósfera de aquel subterráneo, lleno del rumor de las conversaciones y de humo de tabaco, se percibía la amarga convicción de que las oleadas de bombarderos soviéticos que todavía estaban llegando, caso de no haber reducido ya a escombros todos los centros industriales del norte del país, los aniquilarían muy en breve.

Muchos pilotos se consolaban pensando en las represalias de las escuadrillas de bombardeo estratégico norteamericanas. Pero éste era un pobre consuelo, ya que el prometido vapuleo atómico contra la Unión Soviética no levantaría un solo ladrillo de las destrozadas ciudades norteamericanas ni resucitaría a ninguno de los centenares de miles de víctimas.

A medida que el comandante Stewart explicaba las circunstancias en que Pittsburg fue borrado del mapa iba naciendo en el pecho de aquellos bravos una oleada de rabia. Todos coincidían en considerar a los canadienses como culpables del aniquilamiento de Pittsburg. Si Gran Bretaña y el Canadá hubieran entrado en guerra con la U. R. S. S. al lado de los americanos, no hubiera ocurrido esto. Los cazas y los proyectiles teledirigidos canadienses habrían interceptado a los bombarderos soviéticos en el mar de Baffin o el estrecho de Hudson, mucho antes de que estuvieran a tiro las ciudades del norte de los Estados Unidos como Pittsburg, Rochester, Portland, Detroit, Chicago, Dayton y tal vez Nueva York.

Los bombarderos enemigos hubieran contado con muy escasas probabilidades de alcanzar la frontera de los Estados Unidos, aunque entonces, naturalmente, hubieran sido Otawa y otras ciudades canadienses las víctimas de las bombas comunistas.

Dave abandonó la oficina y regresó al subterráneo donde sus aparatos acababan de ser aprovisionados de proyectiles y combustible. Estaba apurando una taza de café cuando le llamó el altavoz:

— ¡Atención! ¡Escuadrilla 112… a sus aparatos; prepárense para despegar!

Los pilotos echaron a correr pesadamente hacia sus máquinas y fueron desapareciendo como ratones por los agujeros de sus carlingas. Un minuto más tarde, las bombas hidráulicas elevaban los aeroplanos. Dave Stewart volvio a verse en pleno campo, en mitad

de la noche y bajo el difuso resplandor rojo que brotaba de su salpicadero.

— ¡Atención, escuadrilla Nick! ¡Elévense! En el aire recibirán instrucciones.

Las turbinas del caza tripulado por Dave arrancaron con su característico aullido. Las hélices se enroscaron en el aire y elevaron la pesada máquina.

Fue entonces cuando se encendió en el horizonte una luz azul eléctrico que irradió vivísimo resplandor. Un monstruoso sol brilló a ras del horizonte, hacia el Este, bañando con su luz cárdena las suaves dunas del extremo de Long Island, la estepa sembrada de matojos, el faro de la costa y la engañosa quinta do recreo de la que emanaban todas las órdenes para los cazas de aquella base.

El sol artificial parpadeó durante un breve segundo, mientras subía en el cielo, y luego se extinguió haciendo que la noche pareciera mucho más tenebrosa que antes. Dave apretó los dientes, presa de rabia y desesperación. Por la posición y la distancia del sol atómico, colegía que la explosión había tenido lugar sobre Newport, la formidable estación naval de los Estados Unidos en la costa atlántica.

Quedó unos minutos paralizado por el asombro y la consternación, preguntándose qué sería de su nación si las bombas atómicas rusas podían llegar tan fácilmente hasta los puntos neurálgicos de los Estados Unidos. La voz de su ex-mujer le arrancó de su estupor:

—¡Atención, Nick Leader! Baje la proa y ponga rumbo al uno, tres, cinco. Velocidad, mil. Altura, dieciocho mil metros. Volará en línea recta hasta Bermuda, se aprovisionará de gasolina y regresará por la misma ruta patrullando el aire por si algún proyectil teledirigido enemigo intenta alcanzar Nueva York por el mar. Repito…

Mientras anotaba mentalmente las instrucciones que su ex-esposa le iba dando, Dave hizo bajar la proa de su máquina y ajustó el girocompás al rumbo 135. Esta ruta le llevaba mar adentro, en línea recta hacia las islas Bermudas.

Adoptando una posición cómoda, Dave se preparó para un vuelo de hora y pico sobre la inmensidad del mar. Todos sabían que desde una semana antes las fuerzas antisubmarinas de la Armada habían entrevisto gran número de sumergibles soviéticos merodeando cerca de las costas y las rutas comerciales de la Marina mercante

norteamericana. El hecho de que les enviaran a patrullar el aire por 'encima del mar implicaba el temor a que algunos de estos submarinos se acercaran lo bastante para disparar sus fatídicos proyectiles dirigidos de alcance medio. Todos conocían también, al menos en teoría, el alcance, la velocidad, la precisión y el tremendo poder destructivo de las modernas bombas volantes, basadas en las V-2 de los alemanes que hicieron su aparición en la Segunda Guerra Mundial.

La primera V-2 alemana, después de haber subido a una altura de más de 100 kilómetros, caía a tierra a una velocidad de 3.000 kilómetros por hora y a una distancia de más de 200 kilómetros de su punto de lanzamiento. En cinco minutos transportaba un explosivo de una a otra orilla del Canal, de la Mancha y tenía precisión suficiente para caer sobre la aglomeración urbana de Londres. Los cazas entonces existentes no podían alcanzarlas.

Antes que acabara la Segunda Guerra Mundial, los ingenieros habían logrado aumentar el alcance de la primera versión de su V-2. Para ello añadieron a la V-2 clásica un corto plano triangular de sustentación. Esté plano no operaba en el vacío de la estratosfera, pero a medida que el proyectil descendía hacíase cada vez más eficaz según encontraba más resistencia en el aire. Como un planeador supersónico, la V-2 alada, convertida ya en la A-9, caía hacia un objetivo situado a 500 ó 600 kilómetros de su punto de partida.

La guerra acabó antes que los alemanes pudiesen perfeccionar este proyectil, así como los experimentos en el proyectil A-10. El A-10 debía estar formado por un A-9 al que se acoplaría un motor cohete de 70 toneladas, capaz de elevarlo a 15 kilómetros de altura y llevarlo a una velocidad de 5.000 kilómetros por hora. A los 15.000 metros, el motor se desprendía y el proyectil A-9 seguía su carrera ascendente hasta una altura de 100 kilómetros, volando con el segundo motor a una velocidad de más de 12.000 kilómetros a la hora. La energía cinética así almacenada debía permitirle el vuelo planeado de unos 5.000 kilómetros.

Concebidos en 1943, estos proyectiles estaban listos para ser usados en el momento de estallar la Tercera Guerra Mundial. Los sabios que habían preparado esta artillería trasatlántica dividieron en dos partes la trayectoria del proyectil.

Para la primera etapa (del lanzamiento a la proximidad del objetivo) escogieron como punto de referencia la bóveda celeste. La navegación celeste de los proyectiles transcontinentales se basaba en una máquina «pensante» que hacía constantes observaciones

astronómicas y que, combinando los movimientos de las estrellas, de la Tierra y del mismo proyectil, transmitían órdenes precisas a los servomandos corrigiendo automáticamente la ruta seguida en el espacio.

Esto habíase conseguido perfeccionando pequeños espejos, sensibles únicamente a la luz emitida por dos estrellas seleccionadas de antemano. De esta forma, regulando previamente la lente de puntería y el mecanismo, era posible hacer navegar al proyectil varios millares de kilómetros sin que se desviara dei itinerario previamente escogido.

Todo se reducía, en resumen, a sustituir por máquinas automáticas a los oficiales de derrota y pilotos humanos. Al llegar a las proximidades del objetivo, el proyectil se liberaba automáticamente de su servidumbre respecto a los astros y entraba en su segunda etapa. El radar tomaba por su cuenta el control del infernal artefacto y 1° conducía guiándose por los «ecos» que reflejaban los muros verticales de los edificios hasta cierta altura sobre el centro de la ciudad escogida como víctima.

Estos proyectiles eran demasiado costosos para utilizarlos contra objetivos de segunda importancia y, desde luego, sólo se resarcía de su gasto si se empleaba un explosivo atómico. Eran demasiado grandes y complicados para ser llevados a bordo de un submarino. En realidad, los submarinos podían hacer blanco en las ciudades norteamericanas utilizando simples A-9 de 1,500 kilómetros de alcance, mucho más económicos e igualmente eficaces, aunque también más lentos y susceptibles de ser interceptados por la caza o los proyectiles dirigidos «suelo-a-aire» que se encargaban de la defensa antiaérea.

Los cazas «Convair XF-SE» habían sido adaptados precisamente para interceptar los proyectiles dirigidos. Aunque no podían dar alcance a las A-10 soviéticas, tenían, al menos, algunas probabilidades de salirles al paso y disparar sus 12 cohetes «Firebird» de 5.000 kilómetros por hora de velocidad, derribándolas en vuelo.

Se suponía que los A-9 soviéticos no tenían mayor velocidad que los Convair norteamericanos, y aun que éstos podían darles alcance. Pero la verdad era que se ignoraba todo lo relativo a las armas «V» de los comunistas, excepto que las poseían y sabían usarlas sin género de dudas.

Una hora después de haber despegado de Long Island, la Escuadrilla 112 tomaba tierra en las Bermudas y era introducida por unos minutos en los hangares subterráneos de una base

parecida a la de Long Island, solamente que ésta pertenecía a la Marina El personal de aquella base estaba sediento de noticias. A falta de detalles de la radio propia, habíanse entretenido escuchando la emisora de Moscú, cuyo locutor daba por cierta la destrucción de Chicago, Pittsburg, Nueva York y Washington.

—Ignoro la suerte de Chicago y puedo dar fe del aniquilamiento de Pittsburg —aseguró Dave—. Pero dudo que una sola bomba atómica haya llegado a las cercanías de Washington, y en cuanto a Nueva York, está a dos pasos como quien dice de nuestra base y hubiéramos podido oír el estallido, de haber sido destruido.

A su vez, aquellos hombres, que estaban dedicados a la persecución y destrucción de submarinos soviéticos, dieron a los pilotos del Ejército algunas noticias relacionadas con su tarea.

—Casi esperábamos que hubiera jaleo hoy mismo —aseguró un teniente—. Los submarinos rojos estaban desplegando una actividad muy sospechosa desde antes del amanecer.

—Supongo que les habrán ahuyentado, ¿no? —preguntó el capitán Hart entre sorbo y sorbo de café.

—¡Oh, sí! —exclamó el marino con firme convicción—. Solamente cuatro de cada diez submarinos lograrán burlar nuestra vigilancia y acercarse a nuestras costas lo suficiente para bombardear Washington con proyectiles dirigidos.

—¡Solamente! —murmuró Hart estupefacto—. ¡Pues vaya unas mallas las de ustedes, amigos! ¿De qué calibre son sus descosidos?

—Espere —apresuróse a decir el oficial—. No todos los submarinos que burlen nuestra vigilancia en inmersión podrán lanzar sus bombas dirigidas. Calculamos que, al menos, dos de cuatro sumergibles que salgan a la superficie serán destruidos por nuestras fuerzas antisubmarinas aéreas o de superficie apenas asomen el hocico y, por último, confiamos en derribar un A-9 de cada dos que se disparen contra las ciudades costeras.

—¡Ah, muchachos! —gritó Hart volviéndose hacia sus pilotos—. Ya sabemos por qué nos han enviado a patrullar el mar. El Ejército tiene que destruir esa dichosa bombita atómica que se les escapa a

los marinos…

Los pilotos del Ejército, cuya rivalidad con los de la Armada era tradicional, rieron la chanza con gran bochorno de los marinos. Dave Stewart, sin embargo, no rio.

—Una bomba atómica por cada diez sumergibles —murmuró. Y volviéndose hacia el enfurruñado teniente, preguntó; —¿Y cuántos submarinos calculan ustedes que merodean por el Atlántico en estos instantes?

—¡Oh, Dios sabe! —farfulló el oficial encogiéndose de hombros —. Cien.., doscientos tal vez… La flota submarina roja es copiosa. Seguramente cuentan con más sumergibles que nosotros.

—O sea —murmuró Dave— que si uno de cada diez submarinos de los que toman parte en el ataque consigue colocar una bomba atómica sobre nuestras dudadas próximas al mar, podemos calcular en unas diez o veinte las bombas que alcanzarán sus blancos.

—Así es —suspiró el oficial de la Armada abriendo los brazos en ademán de impotencia.

CAPITULO V

GUERRA TOTAL

EL alba sorprendió a Dave Stewart remontándose con su escuadrilla por encima de las Bermudas. A los 15 minutos, la Escuadrilla 112 habíase encaramado (hasta los 18.000 metros y volaba impulsada por sus motores de hélice a razón de 1.000 kilómetros a la hora de regreso a su base.

Los primeros rayos del sol naciente le daban por el lado derecho y un poco atrás. A través del transparente de su cabina, Dave podía ver la proa de su aparato iluminada por el sol y también el doble disco brillante que sus hélices dibujaban en el aire.

Pero más allá y en torno suyo la oscuridad le rodeaba. El cielo era casi tan negro como a plena noche y en él brillaban las estrellas ligeramente desvaídas, como vistas a través de un telón de gasa. Esto se debía a que en aquellas alturas el aire era tan sutil que sus moléculas no llegaban a reflejar la luz del sol, como ocurría por debajo de los 12.000 metros.

—A 200 kilómetros de las Bermudas, la Escuadrilla captó un mensaje procedente de la base que acababan de abandonar.

—¡Atención, Nick Leader! ¡Atención, Nick Leader! ¡Proyectiles dirigidos enemigos en vuelo hacia ustedes, a las cuatro y treinta! Altura, ciento veinte mil. Velocidad, cuatro mil. Rumbo, dos, siete, cero. ¡Atención, Nick Leader! ¡Altere su rumbo y persiga al enemigo hasta que pierda altura planeando! ¡Atención, Nick Leader! Repito. Proyectiles dirigidos enemigos...

La enguantada diestra del comandante se crispó en torno a la empuñadura de la barra de mando. El corazón le golpeaba rudamente en el pecho mientras la estación de la Marina repetía su mensaje. Inmediatamente llamó a su propia escuadrilla:

—¡Atención! Nick uno a escuadrilla. Proyectiles dirigidos enemigos a las cuatro treinta. Síganme por el dos, siete, cero con toda la mecha abierta. Subiremos hasta el techo. Si esos malditos chismes

no nos dejan atrás les interceptaremos cuando desciendan en vuelo planeado… Ya deben de estar bajando, ¡no hay tiempo que perder!

Al mismo tiempo que hablaba excitadamente, Dave Stewart viraba a babor sobre un ala y cerraba el conducto de la gasolina que iba a las turbinas para abrir completamente la espita del reactor simple.

El combustible, afluyendo al «tubo de estufa» como un caño bien abierto, ardió saliendo en forma de un terrible huracán de gases por la gran tobera de popa. Dave percibió el ligero empujón de la máquina hacia adelante y vio cómo la manecilla del indicador de velocidad avanzaba rápidamente hacia el «Mach uno». Unos momentos más tarde el «Convair XF-8E» horadaba limpiamente Ja barrera del sonido acompañándose de un gran estrépito.

Y a velocidad supersónica, la máquina voló con tanta suavidad, firmeza y silencio, que un tripulante inexperto se hubiera creído parado y Posado sobre el suelo. ¡La realidad era que el aeroplano, después de dejar atrás la velocidad del sonido, iba camino de doblarla y triplicarla.

Los ojos inquietos de Dave vieron finalmente al enemigo en su pantalla. Los proyectiles eran dos y estaban 100 kilómetros arriba y atrás de la Escuadrilla 112.

Dave tiró suavemente de la barra y empezó a subir lentamente, hasta que al llegar a los 24.000 metros, los mandos se pusieron mollares y la máquina respondía torpemente a los golpes de timón. Era que había alcanzado el famoso «techo», la máxima altura a que podía encaramarse el aeroplano. Este había pasado, doblado y triplicado la velocidad del sonido, pero los dos A-9 soviéticos le iban sacando ventaja. En las pantallas de radar de la escuadrilla se les veía cada vez más bajos y más próximos, separados por una distancia de 50 kilómetros y algo rezagados el uno respecto al otro, lo que parecía indicar que habían sido disparados el uno inmediatamente después que el otro.

—¡Atención! Nick uno a Nick dos —llamó Dave por radio—. Sid. Tome consigo a la mitad de la escuadrilla y oblicué a la izquierda para esperar al A-9 que viene en último lugar.

— ¡Entendido, Nick uno! —repuso el capitán. Y se le oyó llamar por sus números a tres de los aparatos.

Hart y sus tres pilotos se separaron de la formación alejándose hacia el Norte. Al cabo de 15 minutos de carrera, la escuadrilla había recorrido 750 kilómetros. La costa de Maryland se anunciaba ya con sus lejanas brumas en los confines del combado horizonte. El proyectil dirigido número uno estaba entonces encima de Dave, a sólo 10 kilómetros de altura. Y continuaba bajando en vuelo

planeado a una velocidad terrible.

Volando a razón de un kilómetro por segundo, las cosas ocurrían con tanta rapidez que el cerebro del hombre apenas si podía reaccionar con la celeridad exigida por las máquinas. Dave esperaba que el proyectil pasara ante su proa a una distancia tan grande que sólo pudiera verlo con auxilio del radar. Pero lo que en realidad ocurrió fue que el A-S soviético se unió a los cazas norteamericanos entrando en la formación por detrás del último aparato.

—¡Cuidado, chicos! —oyó Dave gritar a uno de sus pilotos—. ¡Tenemos encima al chisme ese… apartaos!

Dave dio un brinco de sorpresa y miró atrás. Pero el A-9 ruso estaba ahora debajo de él y a la derecha, adelantándose con rapidez a los Convair y planeando hacia tierra, siguiendo una ruta que le llevaba recto a Washington. Era una máquina larga en forma de V-2, si bien dotada de unas cortas alas en forma de flecha. Los timones eran grandes y cruciales. En el costado que se ofreció durante un instante a los ojos de Dave, éste pudo ver una gran estrella roja de 5 puntas.

La mano del comandante yanqui se crispó sobre la empuñadura de la barra mientras el dedo pulgar iba a acariciar el botón disparador de sus cañones de 20 milímetros. Estos cañones iban montados por parejas en el borde de ataque de las alas y se apuntaban y disparaban por radar. Una pequeña estación emisora montada sobre el avión lanzaba «ecos» contra el blanco. El radar de los cañones captaba estos ecos y dirigía contra ellos las bocas de los cañones. ¿El piloto no tenía que molestarse en apuntar ni en disparar. Apretando el botón, los cañones funcionaban por cuenta propia.

Pero el pulgar de Dave Stewart no llegó a oprimir el botón de nácar. Le contuvo la idea de que aquel artefacto era en realidad una bomba atómica y que si la destruía a balazos en este instante podía hacer explosión aniquilando a toda la escuadrilla.

—¡Nick uno a escuadrilla! —gritó—. ¡Pronto, apártense a un lado… voy a disparar y la bomba puede explotar ahora!

—¡Adelante, Nick uno! —le respondieron—. ¡Nosotros le seguimos!

— ¡Obedezcan! —-rugió Dave.

Se escucharon algunas maldiciones masculladas entre dientes. Los tres aeroplanos que seguían al de Dave empezaron a deslizarse hacia la derecha. Pero el A-9 -estaba ya demasiado lejos.

Gruñendo y barbotando, Dave Stewart empujó hacia adelante la barra y picó sobre el proyectil. Este era un punto brillante a 3 kilómetros de distancia. El comandante miró con el rabillo del ojo a

la pantalla. Sus muchachos estaban ya muy lejos. Podía disparar. Y disparó. Con el aliento en suspenso apretó el gatillo del extremo de la barra por tres veces.

Seis proyectiles «robots» «Firebird» salieron por parejas de debajo de las alas del Convair y se adelantaron raudamente dejando tras sí otros tantos penachos de llamas y de humo.

Dave ni siquiera hizo el menor movimiento para escapar a la posible explosión. El «Firebird» sólo invertiría 10 segundos escasos en dar alcance al A-9. Si éste hacía explosión en el acto, no existía la menor probabilidad de que el Convair y el propio Dave escaparan a las tremendas consecuencias de un estallido semejante. De tal forma que el comandante observó con el alma en vilo el raudo vuelo de sus proyectiles «robots» y les vio estallar encima del A-9.

Con pupilas dilatadas de terror, esperando el fatal momento en que pasaría a mejor vida, Dave vio desprenderse un pedazo de los timones de cola del proyectil. Un segundo «Firebird» hizo explosión arrancando de cuajo una de las alas de la inferna] máquina... El A-9 dio una rápida voltereta, perdió su segunda ala v se hundió en el vacío perseguido por los tenaces proyectiles «robot» que iban estallando a su alrededor y arrebatándole nuevos pedazos.

Los restos de la bomba atómica desaparecieron en dirección al mar. Estaban justamente encima de la costa. Dave Stewart dejó escapar un suspiro de alivio. Todas las bombas atómicas, cualquiera que fuera la forma que se lanzaran, estaban construidas para explotar a cierta altura del suelo porque a dos o tres mil metros sobre el objetivo tenían un radio de acción más grande.

Sin embargo, eran tan susceptibles de estallar a 3.000 metros de altura como en la estratosfera. El explosivo de las bombas de plutonio v de uranio tema la propiedad de estallar por sí solo tan pronto como se alcanzaba la «masa crítica». La bomba atómica constaba de dos cámaras separadas por una pared, en cada una de las cuales había una cantidad de explosión suficiente para producir espontáneamente el estallido. La pared que separaba ambas cámaras se rompía en el «momento crítico» mediante una llamada «carga auxiliar». Las dos masas entraban entonces en contacto y en este instante se producía la explosión espontánea de la bomba atómica.

Esto quería decir que si los «Firebird» disparados por el comandante Stewart rompían la pared que separaba las dos cámaras, el A-9 soviético estallaría en el mismo instante, cualquiera que fuese la altura a que se encontrara.

En la presente ocasión, los cohetes «robot» norteamericanos no provocaron la precoz explosión de la bomba atómica. Esta caía

sobre las costas de Maryland, unos 200 kilómetros antes, de llegar a su objetivo: Washington.

Dave describió un ancho viraje y, satisfecho de su trabajo y agradecido a la Divina Providencia, intentó entrar en contacto con el capitán Sidney Hart. Más en este momento se vio bañado por una deslumbrante luz cárdena que le daba de espaldas. Dave volvió la cabeza con rapidez, llegando a tiempo de ver cómo se apagaba un horrible globo de fuego a unos 60 kilómetros de distancia.

—¡Dios mío, Hart! —exclamó una voz ahogada por los auriculares.

—¡Sid! —llamó Dave temiendo lo peor.— ¡Sidney!

—El capitán… no puede contestarle, señor —balbuceó ahogadamente uno de los pilotos—. El A-9 soviético estalló cuando el capitán le acertó con sus cohetes… después de obligarnos a dejarle solo.

Dave frunció los labios. Aunque no había tenido tiempo de intimar con Hart en el corto tiempo que llevaban juntos, sintió la muerte de su segundo como la del mejor de sus amigos. Todavía estaba virando para reunirse con su escuadrilla cuando se produjo una nueva explosión atómica a muy baja altura. El mecanismo del A-9 derribado por él funcionó de todas maneras al llegar a los 3.000 metros sobre el nivel del mar, si bien en aquellos parajes no podía causar daño alguno Unos minutos más tarde, Dave se reunía con sus muchachos v volviendo a la impulsión más económica de las hélices, volaban todos juntos de regreso a la base.

Mucho antes de divisar Long Island, los aviadores de la escuadrilla veían surgir del horizonte la cresta de lo que parecía una colosal nube radiactiva.

—¡Eh, miren a las diez en punto! —Chillo una voz excitada por la radio—. ¡Parece que Nueva York ha encajado una bomba atómica!

Aquella espantosa nube fue aproximándose por momentos, confirmando con su extraño aspecto las sospechas de Dave Stewart.

—¡Ha sido una bomba de hidrógeno! —dijo alguien.

Sí. A Dave no podía caberle ya ninguna duda. La nube que cubría buena parte del horizonte estaba cernida sobre Nueva York, y por su peculiar aspecto se trataba de la inconfundible marca de una bomba H.

¡Aquel hijo suyo! ¿Qué habría sido del muchacho? ¿Abandonó la ciudad con su abuela antes que se produjera la, explosión? ¿Se salvó quizás en alguno de los refugios? ¿O sería una de las miles de víctimas del cataclismo?

Los ojos del comandante se llenaron de lágrimas. Su mano enguantada se crispó sobre e] puño de la palanca de mando. ¡Era tan fácil dar un golpe de timón y presentarse en un momento sobre la ciudad sacrificada!

Hubo de hacer un sobrehumano esfuerzo de voluntad para contener su impulso y sofocar su ansiedad. Precisamente tenían terminantemente prohibido volar en torno a las ciudades atacadas con bombas de hidrógeno, a causa de la enorme radioactividad que producían este tipo de explosiones y del consiguiente peligro que representaba para hombres y aeroplanos.

La Escuadrilla 112 continuó su vuelo, viendo desfilar a babor la fatídica nube radiactiva suspendida sobre Nueva York. Quince minutos más tarde aterrizaban verticalmente sobre la estepa sembrada de juncos del extremo oriental de Long Island.

La actividad continuaba siendo grande en los profundos subterráneos de la base protegida, pero la atmósfera que allí se respirada ora muy distinta a la que dominaba cuando Dave Stewart despegó para desempeñar su primera emisión de guerra.

Se hacía notar la ausencia de nervios en el personal que iba de un lado a otro. Siete horas de guerra habían bastado para curtir a esta gente, acostumbrándola a la idea que el puedo norteamericano iba a sufrir mucho en esta guerra total. Esto se debía a que la guerra comenzó y se desarrollaba a una velocidad de vértigo. La impresión, personal de Dave de que había transcurrido mucho tiempo desde que se anunciara el ataque de los bombarderos soviéticos era común en todos cuantos vivían aquellas trágicas horas.

En tan corto tiempo, los bombarderos supersónicos rusos habían atacado con bombas atómicas todas las ciudades y puntos estratégicos del Centro, Norte y Nordeste de los Estados Unidos. Duluth, Minneapolis, Chicago, Detroit, Toledo, Dayton, Pittsburg, Búffalo, Rochester, Portland, Newport y Hartford eran otras tantas ciudades en ruinas, a las que había que sumar la reciente destrucción del populoso Nueva York.

Se calculaba en unos 2.500 el número de aeroplanos soviéticos que tomaron parte en el primer asalto aéreo. Cada uno de estos aviones llevaba alojado en su interior un aparato más pequeño con un piloto suicida que conducía la bomba atómica hasta el objetivo, lanzándose sobre él por «ka- mikaze[1].

La mentalidad asiática había estado omnipresente en la concepción de aquellas máquinas de destrucción. Así como todos los aviones yanquis de gran radio de acción habían sacrificado parte de su velocidad y eficacia para que todos sus pilotos tupieran probabilidades de regresar a su patria después de cumplida su

misión, los bombarderos comunistas sacrificaban las vidas de sus tripulaciones en aras de una mayor velocidad, máxima carga explosiva y más baratura y rapidez en su fabricación.

Ninguno de los 2.500 aeroplanos soviéticos que tomaron parte en el asalto a Norteamérica tenía radio de acción suficiente para intentar siquiera el retorno. Al ser atacados por los cazas de intercepción y los proyectiles «suelo-a-aire» de las barreras defensivas, los cuatrirreactores rusos soltaban el avión alojado en su vientre. La tripulación del bombardero no esperaba estoicamente a la muerte. Se lanzaba en paracaídas y, convenientemente adiestrada para la guerra de guerrillas, actuaba en tierra al estilo de los «comandos» de la Segunda Guerra Mundial, atacando otras ciudades y puntos estratégicos con bombas atómicas «de bolsillo».

La estación de entrenamiento de la Marina en Milwaukee (lago Michigan), las fábricas de armas de Battle Creek, las bases aéreas de Patterson y Wright, así como muchos pozos de petróleo, astilleros y fábricas de aviones, eran atacados al amanecer por aquellos aviadores-comandos que, luego de hacer tantos o más destrozos que sus aviones, vendían caras sus vidas o iban a refugiarse en las montañas y los grandes bosques. Se calculaba que al menos diez hombres habían saltado de cada bombardero soviético. Por lo tanto, las fuerzas del Ejército y la Policía tenían que comenzar ahora la tarea nada fácil ni cómoda, de buscar, perseguir y capturar a 25.000 hombres perfectamente armados, que hablaban el inglés, vestían de paisano, disponían de emisoras y una red de amigos en el país y estaban dispuestos a no dejarse coger vivos.

Los proyectiles teledirigidos transcontinentales y los proyectiles A-9 lanzados desde los submarinos proseguían ahora la acción de los aviones arrasando todas las ciudades próximas al mar. Aunque los propios americanos seguían guardando silencio y no se tenían noticias concretas, excepto de la destrucción de Nueva York, se suponía que otras muchas grandes ciudades próximas al mar, tales como Washington, Columbia, Nueva Orleans, Los Ángeles, San Francisco y Portland, habían sido atacadas o no tardarían en ser víctimas de las bombas atómicas rusas.

Las «superarmas» de los arsenales norteamericanos, a pesar de su comprobada eficacia, no podían proteger las fábricas, las bases militares y los puertos norteamericanos. Preparada largamente para esta guerra, la Unión Soviética y el bloque comunista habíanse lanzado al ataque con una rapidez, una violencia y un despliegue de fuerzas verdaderamente terribles.

Durante todo el primer día de guerra, los bombarderos soviéticos estuvieron llegando hasta la frontera de los Estados

Unidos con el Canadá, librando furiosos combates contra la caza yanqui. Aquellos bombarderos, desde luego, no estaban tan indefensos como pudiera parecer. Lo mismo que los bombarderos norteamericanos de gran radio de acción, iban provistos de cañones «barrecielos» para su protección.

El «barrecielos» no era otra cosa que un cañón antiaéreo móvil., pero hacía cosas que ningún cañón hizo antes de ahora, y las hacía mejor que cualquier hombre o cualquier grupo de hombres podrían hacerlas con sus cerebros altamente especializados.

Los «ojos» del «barrecielos» —unos ojos de radar— veían al aeroplano enemigo o al proyectil dirigido «suelo-a-aire» cuando aún se encontraban a centenares de kilómetros de distancia, los seguía determinando sus trayectorias, su velocidad y su altura, calculaba instantáneamente el lugar exacto del cielo donde deberían estar sus proyectiles para encontrarse con los aviones o los cohetes de intercepción, y disparaba tan velozmente que sus obuses parecían un chorro de acero saliendo de una manga de riego.

Cada proyectil de los que disparaba el «barrecielos» salía del cañón provisto de unas antenas invisibles, semejantes a los bigotes de un gato. Una pequeña emisora, colocada dentro del proyectil, enviada por delante ondas de radio que «olfateaban» al avión. Cuando estas ondas decidían que el obús había llegado al punto donde podría hacer más daño, provocaban automáticamente la explosión.

Aunque todos los bombarderos soviéticos fueron derribados, buen número de éstos consiguieron abrirse paso con sus «barrecielos» a través de las barreras de «Firebirds» y «Gapas» de intercepción y soltar sus meteóricos aviones suicidas contra diversidad de ciudades y centros industriales de los Estados Unidos.

Pero el principal golpe de los bombarderos soviéticos no iba contra las ciudades, sino contra las numerosas bases de las Fuerzas Aéreas estadounidenses.

En el momento de anunciarse la proximidad de los aeroplanos enemigos, aquellas bases estaban repletas de escuadrillas de B-36, B-47 y B-50, que se preparaban para despegar después de las 12. Los bombarderos yanquis tuvieron que salir precipitadamente en dirección a los principales centros estratégicos de la Unión Soviética y China. Cuando las bombas atómicas arrasaron los aeródromos del Norte de los Estados Unidos, había en ellas muy pocos aeroplanos. Pero los daños en las instalaciones y las pistas fueron enormes. De hecho todos los aeródromos grandes y chicos del Norte del país quedaron fuera de combate. La aviación de caza yanqui estuvo a dos dedos del colapso total, ya que los modernos aviones de

reacción y gran velocidad necesitaban pistas de 3.000 y más metros de longitud para aterrizar.

Si las escuadrillas de caza no quedaron inmovilizadas por falta de aeródromos, se debió, en primer lugar, al genio previsor de los estrategas yanquis. Suponiendo que los comunistas atacarían sus aeródromos, los norteamericanos dispusieron toda una extensa red de pequeños aeródromos donde el aterrizaje y el despegue se llevaba a cabo por el mismo sistema empleado en los portaviones. En segundo lugar, la caza pudo continuar operando gracias a las estupendas escuadrillas de aviones de despegue vertical que operaban desde bases bien ocultas y protegidos contra las bombas atómicas.

El Grupo 222 de Caza de que formaba parte el comandante David Stewart estuvo todo el día en el aire interceptando a los bombarderos enemigos sobre el lago Erie y los Estados de Nueva Hampshire, Nueva York y Massachusetts, que eran el paso obligado de todos los bombarderos que descendiendo del Artico y pasando sobre Groenlandia y el Canadá, se dirigían a atacar los centros urbanos e industriales desparramados por el nordeste del país.

Se peleaba con diabólica furia en los cielos de Norteamérica. Todo el día estuvieron llegando bombarderos soviéticos de misión sin retorno, sólo que a partir del alba ya no formaron oleadas, sino que venían solitarios y muy separados, pero seguida e ininterrumpidamente.

Esta táctica daba mucho más que hacer a los cazas norteamericanos, porque un solo bombardero ruso atraía sobre sí la nerviosa atención de tantos puestos de escucha, estaciones de radio, barreras lanza-cohetes y cazas de intercepción como una escuadra entera. Su contenido, la fatídica bomba atómica, era demasiado peligroso para que pudiera desdeñarse. Un solo aeroplano que se filtrara entre las «vallas» del radar era tan temible como veinte de ellos, y un solo aeroplano tenía, naturalmente, más probabilidades de pasar desapercibido que un grupo de ellos.

A su vez, las Fuerzas Aéreas, de superficie y submarinas, de la Armada, se enfrentaban con la más peligrosa modalidad de la guerra atómica es decir, con los proyectiles teledirigidos lanzados desde sumergibles. Y mientras tanto, los A-10 soviéticos transcontinentales iban llegando también a intervalos de una hora, pulverizando las principales ciudades o, al menos, intentándolo. Porque los proyectiles de gran alcance se equivocaban muchas veces y tomaban como blanco ciudades y aun pueblos que estaban dentro de su ruta, pero distantes muchos kilómetros del objetivo que buscaban.

A medida que transcurrían las horas se iban teniendo noticias del exterior. A las 23 horas (hora de Nueva York), el Ejército rojo había franqueado el «telón de acero» y precedido de nubes de bombarderos y de compactas formaciones de tanques se lanzaba sobre Alemania. A esta misma hora, Alaska era atacada con bombas atómicas, confirmando así la creencia de que los rusos, utilizando los abrumadores contingentes humanos de su aliada China, se proponía saltar el estrecho de Bering y poner pie en el continente americano.

Al caer la tarde, Canadá protestaba ante la Unión Soviética del paso de aviones rojos sobre su territorio para atacar a los Estados Unidos. Los Estados Unidos, claro está, habían dirigido igual protesta al Canadá. A las 20 horas de haberse iniciado el ataque comunista cesaban de llegar aviones a través del Canadá.

CAPITULO VI

EN EL SOLAR DE NUEVA YORK

DESPUÉS de casi 24 horas de acción continua, Dave Stewart y con él toda la Escuadrilla 112 obtenían un descanso de 8 horas.

Dave intentó dormir, pero la excitación de aquella larga jornada y la inquietud que le causaba la suerte que hubiera podido correr su hijo le mantuvieron desvelado hasta el amanecer.

A esta hora entró en su aposento un oficial alto y rubio, que con gran sigilo intentó desprenderse de su traje de vuelo metálico, a media luz, y sin producir ruido. Viendo sus desesperados esfuerzos, Dave alargó la mano y encendió la luz, incorporándose en su litera.

— ¡Hola! —dijo—. ¿Quién es usted?

El oficial, un teniente de rostro juvenil y ojos grandes y azules, se sobresaltó como una chica a quien se sorprende desnudándose y enrojeció.

—Perdone, comandante. Yo... —balbuceó. Y cuadrándose añadió en voz alta; —.Se presenta el teniente Horst Knebel. Acabo de llegar y me han nombrado ayudante de usted... porque supongo que no me habré equivocado de cuarto y es usted el comandante David Stewart.

Dave contempló la ridícula figura del teniente con todo el busto forrado de titanio, un brazo metálico bajo el sobaco y las largas y flacas piernas ceñidas por el traje interior de caucho.

—No se ha equivocado usted, teniente... ¿cómo dijo?

—Horst Knebel, señor.

Es un nombre endiabladamente difícil de recordar. ¿De origen alemán, tal vez?

—Sí, señor. De origen alemán.

—¿Y le han destinado a la Escuadrilla 112? Muy bien. En tal caso puede tomar posesión de esa litera, es suya.

El teniente contempló dubitativo los efectos del capitán Kart, que todavía yacían sobre el lecho.

—¿Dónde he de poner todo esto? —preguntó.

—En cualquier parte. Su dueño no protestará. Murió esta mañana persiguiendo una bomba atómica.

Aquello pareció impresionar mucho a Knebel. Miró las cosas de Hart y las manipuló con un cuidado y un respeto tal que estuvo a punto de hacer sonreír al preocupado comandante. Luego, el joven continuó la nada sencilla tarea de desprenderse de sus arreos de titanio.

—Sentiría molestarle, comandante —dijo— Por mí puede apagar la luz.

—No dormía. ¿Cree usted que hay alguien capaz de pegar un ojo con tanto ruido y los nervios hechos trizas?

—Sí, ya me han dicho que estuvo usted volando 22 horas sin descansar. Creo que mañana no será un día tan agitado. El Canadá acaba de declarar la guerra a la Unión Soviética. Esto cambia el aspecto de las cosas, porque a partir de ahora los bombarderos rojos serán interceptados sobre el Canadá, antes que puedan llegar a nuestra frontera.

— ¡Ah! —exclamó Dave—. De manera que al fin, el Canadá entra en la guerra. ¡Idiotas! ¿No pudieron haberlo hecho antes? Sus ciudades no se salvarán, pero las nuestras podrían haber sufrido mucho menos.

Después de conversar unos momentos con el teniente, Dave comenzó a sentir sueño. La entrada del Canadá en la guerra, aunque no podía salvar ya las ciudades norteamericanas destruidas, prometía, al menos, impedir la continuación de los ataques de los bombarderos soviéticos, que ahora tendrían que atravesar el extenso territorio canadiense. La noticia consoló en cierto modo a Dave y éste consiguió finalmente dormir, dejando al teniente hablando solo.

Cuando despertó era mediodía. El teniente Knebel le sonreía sentado en la otra litera de aquella pequeña y húmeda celda de hormigón.

— ¡Las doce! —exclamó Dave mirando su reloj y saltando a continuación del lecho—. ¿Por qué me han dejado dormir tanto?

—No hubo necesidad de despertarle. Ya le previne que la entrada del Canadá en la guerra nos concedería algún respiro —dijo Knebel—. Sólo han salido cuatro escuadrillas para cooperar con la Armada en la intercepción de proyectiles dirigidos lanzados desde alta mar.

—¡Vaya! Creo que es una buena noticia, ¿no? —preguntó Dave.

—Seguro. Australia y casi todas las naciones de Hispanoamérica también han declarado la guerra a la U.R.S.S. A su vez, la China y los demás países satélites de Moscú han declarado la guerra a las

naciones que están con nosotros. En suma: el planeta arde por los cuatro costados. Estamos metidos de lleno en la Tercera Guerra Mundial.

David Stewart pensó inmediatamente en su hijo. Si era verdad que las Fuerzas Aéreas disfrutaban de algún respiro, tal vez le dieran permiso para acercarse a Nueva York en busca de noticias.

Media hora más tarde, recién afeitado, se presentaba en la falsa «quinta» y pedía una entrevista con el coronel Lockwood. Al ser introducido en el antedespacho se encontró con su ex-esposa. Elizabeth Milton se le acercó atravesando aquella pequeña y alborotada habitación.

—¿Hay noticias del chico? —le preguntó Dave.

—Ninguna —repuso Bess—. No fue posible comunicar con Nueva York antes que fuera bombardeada. Las comunicaciones telefónicas están interrumpidas en todo el nordeste del país. Esos diabólicos aviadores-comandos que se arrojaron en paracaídas desde los aviones de bombardeo están completando la obra de las bombas atómicas, cortando las líneas telefónicas, volando puentes y vías férreas, hundiendo presas que provocan inundaciones y causando, en fin, grandes quebraderos de cabeza a nuestro Estado Mayor General.

—La actividad aérea parece que ha disminuido —murmuró Dave siguiendo el hilo de sus pensamientos—. Voy a solicitar del coronel unas horas de permiso para ir a Nueva York.

—¿Con qué objeto? —preguntó Bess—. ¿No creerás que vas a dar con nuestro hijo en mitad de la confusión que allí reina, verdad?

—No sé lo que creo —repuso Dave irritado—. Lo único que sé es que no puedo continuar por más tiempo en esa maldita incertidumbre. Necesito saber qué ha sido del chico. Si abandonó Nueva York antes del bombardeo… si se quedó allí, pero pudo salvarse; tú debieras comprender lo que siento.

—¿Quieres decir que no lo comprendo? —saltó Bess como si la acabara de picar una avispa—. Yo soy la madre de tu hijo, ¿no? ¿O crees tal vez ser el único que sufre por el muchacho?

—Nunca te preocupaste demasiado por él —-censuró Dave lleno de agresividad—. Si en realidad le quisieras tanto, jamás te hubieras separado de él. Es más, ni siquiera hubieras solicitado el divorcio. ¿Qué sensación de hogar va a tener un niño que vive lejos de sus padres y nunca nos ve juntos ni hablar bien el uno del otro?

— ¡Ah! —exclamó la joven madre con ironía—. Ya salió aquello del divorcio. Tal vez esperabas verme convertida en una de esas mártires, capaces de soportarlo todo con tal de mantener las

apariencias de una felicidad conyugal que no existe.

—-Pudo existir esa felicidad. Fuimos muy felices hasta que el diablo vino a vivir con nosotros y a estropearlo todo.

—El diablo, naturalmente, será mi madre —murmuró Bess asesinando a su ex marido con los ojos.

—Sí —confesó éste sin ambages.

Bess Milton aspiró profundamente el aire por la nariz, arqueó una de sus rubias cejas y pareció vacilar un momento antes de prender fuego a la pólvora de su ira. Finalmente se encogió de hombros, miró hacia la mesa donde trabajaba y dijo;

—Lamento no disponer de tiempo para escuchar tus majaderías, Dave. De manera que si no quieres nada más...

Era una expulsión en toda la regla.

—No —dijo el comandante lleno de despecho—. No tengo nada más que decir.

La joven regresó a su mesa y Dave se quedó de pie esperando ser introducido en el despacho del coronel. Poco después salía una linda muchacha de las WAFS que le hacía una seña para que pasara. El comandante entró.

Lo primero que vio al salir unos minutos más tarde fue a su zanquilargo ayudante, el teniente Horát Knebel, charlando animadamente con Elizabeth Milton. Inspirado por los más alarmantes pensamientos y animado de una agresividad pueril, Dave se acercó a la pareja.

—¿Necesitan que les presente? —preguntó, tratando de ser cínico.

—Gracias, no es menester —repuso Bess mirándole por encima de un hombro—. Horst y yo somos viejos conocidos.

Dave sintió una corriente de fuego bajar por su garganta hasta el estómago, como si hubiera ingerido un buen trago de vinagre. Aquel familiar «Horst y yo somos viejos conocidos» le desagradó en gran manera. Knebel, a su voz, le miraba sonriendo seráficamente.

—No me dijo usted que tuviera amistad con mi ex-esposa —le dijo el comandante con ridicula severidad.

—-Perdóneme —suplicó el muchacho enrojeciendo—. Sabía que Bess... es decir, la señora Milton, era divorciada de un oficial de las Fuerzas Aéreas. Incluso me habían dicho su nombre, pero lo olvidé.

—¡Ya! —farfulló Dave sintiéndose en ridículo. Y como su ex-esposa le miraba con la burla bailándole en sus azules pupilas, se dispuso a marchar murmurando: —Hasta luego.

— ¡Un momento, Dave! —llamó Bess tocándole en un brazo—. ¿Vas a ir a Nueva York?

—Sí, apenas coma algo.

La joven hizo una mueca de extrañeza, murmuró una disculpa y entró rápidamente en el despacho del coronel. Dave se volvió hacia Knebel, que había quedado con la boca abierta, siguiendo con los ojos la esbelta figura de Bess Milton.

—Teniente Knebel —le dijo—. Voy a ausentarme por unas horas de la base. Mientras yo esté fuera queda usted al mando de mi escuadrilla.

—¿De veras que se marcha a Nueva York? —interrogó Horst asombrado—. ¡Pero si aquello debe de estar impregnado de radioactividad! Pasarán muchos días antes que se permita entrar a nadie en la zona contaminada… Me han dicho que los bomberos y el Ejército están todavía apagando incendios y tiene labor para rato.

—Puede ser —repuso Dave evasivamente.

—¿Intenta encontrar a Ted? —preguntó Knebel. Y como adivinara en la mirada del comandante una muda afirmación, exclamó: —¡Cielos! ¡Eso es un disparate; buscar al muchacho entre aquellas ruinas es mucho más difícil que encontrar una aguja en un pajar!

La impetuosa salida de Bess del despacho del coronel cortó las manifestaciones de asombro de Knebel. La joven miró muy seria a su ex marido y dijo:

—El coronel acaba de concederme permiso a mí también. Podríamos hacer el viaje juntos… es decir, si no te molesta mi compañía.

— ¡Oh, nada en absoluto! —exclamó Dave aparentando extrema seriedad e indiferencia, aunque interiormente feliz ante la perspectiva de aquel viaje.

Era la una de la tarde cuando Bess Milton y Dave Stewart, tripulantes de un robusto «jeep» de las Fuerzas Aéreas, rodaba por una de las carreteras que a modo de una espina dorsal atravesaban la isla de Este a Oeste.

Discurrían por un paraje salpicado de quintas de recreo, donde gran número de neoyorquinos solían pasar sus fines de semana, ni demasiado cerca ni demasiado lejos de la ciudad donde habitualmente vivían y trabajaban. La carretera, a derecha e izquierda, estaba prácticamente cubierta de automóviles y tiendas de campaña. Al producirse el estado de alarma, algunos centenares de miles de neoyorquinos habían salido de la ciudad en busca de los espacios abiertos de Long Island, acampando lo más lejos posible de los arrabales de Brooklyn.

La colosal nube de humo que se cernía sobre Nueva York, visible desde una gran distancia, iba creciendo en el horizonte a medida

que se acercaban a ella. También la gente acampada era menos y mayor el tráfico de camiones y ambulancias del Ejército que tomaban las carreteras laterales en dirección a los muchos hospitales y sanatorios dispersos por las cercanías de la ciudad.

Al alcanzar los suburbios del arrabal de Brooklyn, los viajeros recibieron la impresión de que Nueva York no había sido tan gravemente dañado como se creía.

Fue allí donde se encontraron con los primeros puestos de control, hospitales de lona y trenes del Cuerpo de Sanidad, Ingenieros e Intendencia. Una compacta columna vestida de pardo desfilaba lentamente a un lado del camino. Aunque a primera vista parecían soldados, se trataba en realidad de gente civil, hombres, mujeres, ancianos y niños a quienes la Sanidad había despojado de sus ropas impregnadas de polvo radiactivo y la Intendencia había proveído de uniformes del Ejército, sin distinción de sexos, edades ni siquiera tamaños.

Lo grotesco de aquellas gentes disfrazadas con trajes que sólo a rara casualidad les ajustaban, quedaba deshecho por el aire de tragedia que transpiraban. Toda la columna andaba envuelta en un silencio impresionante, sólo roto por el extraño sollozo de algún niño, los hipos histéricos de alguna mujer y el rumor de zapatos claveteados arrastrándose por el asfalto. En los movimientos y los ojos de aquella gente había un aire de cansancio, de asombro y de estupidez que cortaba el aliento de quienes les contemplaban desde uno y otro lado del camino.

El ejército de socorro estaba, en general, demasiado ocupado para prestar atención a Dave. Un capitán de Sanidad a quien el piloto abordó le escuchó distraído y luego le miró con extrañeza:

—¿Se ha vuelto usted loco, amigo? —preguntó—. Todavía es pronto para practicar el turismo entre las ruinas de Nueva York. Vuelva cuando se haya acabado la guerra.

Dave ni siquiera pudo ofrecer una explicación. El médico le volvió la espalda y se marchó. Dave asió entonces a un sargento del Cuerpo de Pontoneros del Ejército que pasaba por su lado.

—Escuche, sargento. Tengo a mi hijo aquí y necesito entrar en la ciudad para encontrarle, vivo o muerto.

El sargento le miró con aire estúpido, se encogió de hombros y continuó su camino sacudiendo pesimistamente la cabeza.

Después de intentar varias veces con otros oficiales, y con el mismo resultado negativo, Bess apareció acompañada de un capitán médico. Por una feliz casualidad, aquel oficial había sido el médico de cabecera de los Milton hasta que ei Ejército le llamó a filas.

El capitán Coleal era médico y no tenía la menor idea de las

ordenanzas militares, de manera que encontró cierta satisfacción en poder complacer a una de sus más lindas clientes, sin sospechar siquiera que fuera peligroso contravenir las órdenes superiores.

—Les proveeré de un par de trajes protectores —dijo mientras les conducía a una tienda de campaña próxima.

Los trajes que el doctor entregó a Bess y a Dave eran unos monos de tejido basto, fuerte e impermeabilizado. También les hizo poner un capuchón que incluía una máscara antigás, unos guantes de goma y unas botas de pocero que se cerraban con un fuerte cordón por debajo de las rodillas.

— Tomen esto y pónganselo en ese ojal —dijo el doctor Coleal entregándoles unas a modo de plumas estilográficas. Y explicó: —Son dosímetros de radiación individuales. Ténganlos en sitio bien visible y échenles una mirada con frecuencia. Ellos indicarán la cantidad de radiación a que van siendo sometidos. Si ven a estos lápices tomar un color verde deberán apresurarse a abandonar la zona contaminada, pues eso querrá decir que ya han absorbido ustedes la cantidad de radiación que pueden soportar sin dañar su salud.

Provistos de sus trajes, encapuchados y enmascarados, Bess y Dave salieron de la tienda y regresaron al «jeep», reanudando la carrera sin que nadie les molestara.

Continuaban cruzándose con ambulancias y camiones que dejaban tras sí un reguero de sangre. A un lado y otro desfilaban hombres v mujeres de mirada asustada. Un kilómetro más allá empezaron a encontrar señales inconfundibles del bombardeo. Allí donde la carretera pasaba entre edificios se la veía cubierta de tejas y cristales rotos. Un violento huracán parecía haber pasado sobre los jardines, arrancando arbustos y derribando tapias y vallas,

Empezaron a caer cenizas del cielo. El calor aumentaba por momentos. El camino, al paso de tantos vehículos cargados de heridos, estaba convertido en un río de sangre amasada con el polvo. Ninguno de los dos tripulantes del «jeep» hablaba. Ante la magnitud de la catástrofe, Dave comenzaba a reconocer la inutilidad de esta visita a Nueva York.

Unos kilómetros más adelante, los destrozos eran ya tan importantes que las máquinas zapadoras habían tenido que practicar un camino entre montones de ruinas. Dave detuvo el automóvil, saltó a tierra y escaló un montón de cascotes para mirar en rededor.

Bess le siguió haciendo rodar los ladrillos bajo sus toscos zapatones. Dave volvió atrás para ayudarla. Desde el punto más alto, con el aliento entrecortado, miraron en torno llenos de

angustia.

No era mucho en verdad lo que desde allí se divisaba. Los múltiples incendios que ardían aquí y allá consumiendo los maderajes, los muebles y los enseres de las casas destruidas, tendían a modo de un velo negro ante sus ojos estupefactos. A través del humo era posible ver, sin embargo, parte de un inmenso desierto de ladrillos y cascotes del que sobresalían aquí y allá, como siluetas fantasmales de perfiles caprichosos, algunas paredes que se mantenían todavía en pie.

Un regimiento de zapadores del Ejército estaba volando con dinamita algunas casas que sólo se sostenían por milagro, amenazando con derrumbarse de un momento a otro.

Presa de mortal desaliento, Dave Stewart contempló ante sí la espantosa desolación de lo que había sido el populoso barrio de Brooklyn. Fue entonces cuando comprendió lo absurdo de este viaje, la imposibilidad de atravesar antes que llegara la noche aquel desolado páramo de montones de escombros y la inutilidad de buscar entre las ruinas el cuerpo, vivo o muerto, de su hijo.

— ¡Es inútil! —murmuró dejando caer los brazos con desaliento —. Se necesitarían años enteros para remover estas ruinas.

Bess no contestó. Tras unos minutos de silencio, sólo roto por el crepitar de un incendio próximo y el estallido de las cargas de dinamita, preguntó:

—¿Qué hacemos? ¿Volvemos atrás?

—Puesto que hemos venido y nos queda tiempo, sigamos adelante. Vuestra casa es fácilmente accesible por el río Este.

Regresaron al «jeep» mustios y cabizbajos. Reemprendieron la marcha, cruzándose con más camiones y ambulancias. Un poco más allá, entre dos murallas de escombros, salieron a una bifurcación del camino donde un policía militar dirigía el tráfico. Dave paró el «jeep» junto al policía.

—¿Hay acceso hasta East River por este camino? —preguntó.

—.Ni mucho menos. Brooklyn es un montón de escombros que sólo puede atravesarse saltando por encima de las ruinas.

—¿Cómo realizan la evacuación, en este caso?

—La Sanidad utiliza el metro. Esta carretera la han abierto las máquinas de los zapadores, pero sólo llega hasta un kilómetro más allá. Para ir al East River es mejor que tomen este otro camino, que llega hasta la entrada de la bahía. Hay muchos barcos dedicados a la evacuación y no sería raro que alguno fuera hacia Manhattan.

Dave saludó al policía y condujo su «jeep» por el nuevo camino abierto entre montañas de ladrillos, vigas, colchones y muebles.

Buena parte de las víctimas rescatadas de los refugios estaban siendo evacuadas por vía marítima a través de la bahía exterior hasta el Estado vecino de Nueva Jersey.

Poco después, Dave detenía su automóvil junto a un muelle atestado de heridos. Estos eran tantos que, no habiendo bastantes camillas ni mantas para todos, se extendían formando interminables hileras sobre el duro suelo. Los centenares de sanitarios, médicos y enfermeras que removían aquella masa de carne rota parecían matarifes, con sus manos, sus vestidos y especialmente sus delantales llenos de sangre.

Un coro de alaridos lastimeros se alzaba de la multitud yacente y dolorida que cubría hasta el último palmo de muelle. Entre las víctimas se veían auténticos monstruos cubiertos de horribles ampollas producidas por el fuego. Los sanitarios chapoteaban sobre charcos de sangre, pasando junto a los heridos entre un coro de angustiosas llama' das. Pero la Sanidad estaba demasiado ocupada.

Amarrados al muelle o maniobrando para atracar se veían muchos barcos de todo tonelaje y características: dragaminas, paquebotes, yates, «ferrys», pesqueros, remolcadores, barcazas, canoas automóviles y hasta botes de remos y ligeros balandros que cooperaban afanosamente en la evacuación. Pero apenas quedaba libre un metro cuadrado de muelle, se veía ocupado por otro herido.

Dave estaba ya sinceramente arrepentido de haber venido. Cuando recorría con Bess los muelles preguntando el destino de cada embarcación, muy lejos del punto donde dejaran el automóvil se encontraron con una, lancha torpedera que se disponía a largar amarras. Iba a salir con un cargamento de TNT para Manhattan.

Sin pensarlo, obedeciendo a su impulso, Dave asió a su ex-mujer de la mano y saltaron a la embarcación cuando ésta se separaba ya de la riba.

—¡Eh! —gritó un marinero encapuchado y enmascarado—. ¿Dónde van ustedes?

—¡A Manhattan! —contestó Dave con aplomo. Y nadie volvió a hacerles ninguna pregunta.

La torpedera, con su tripulación de fantasmas encapuchados, se lanzó a buena velocidad por las aguas de la bahía, que la nube de humo suspendida sobre Nueva York volvía grises. Al entrar en el puerto interior vieron desfilar por el lado de estribor los interminables muelles de Brooklyn con sus almacenes hundidos y en llamas. Las aguas de puerto interior estaban cubiertas por una capa de petróleo en el que flotaban gran cantidad de maderos llevados hasta allí por la fuerza de la explosión o procedentes de los

innumerables naufragios.

La lancha acortó su velocidad para no chocar contra estos restos flotantes de la catástrofe y eludir el encontronazo con muchos botes, gabarras y barcazas que iban a la deriva a impulsos de la corriente.

Los muelles estaban llenos de buques mercantes, petroleros y grandes paquebotes que ardían sin que nadie se preocupara de ellos o estaban violentamente escorados. Algunos, completamente hundidos en el barro del fondo, dejaban asomar sus puentes, sus mástiles y sus chimeneas. La estatua de la Libertad parecía venir hacia ellos flotando sobre un mar de petróleo. Aunque su pedestal estaba muy agrietado, se mantenía aún en pie, como contemplando pensativamente el paisaje de ruinas y desolación que debería contemplarse desde su altura. Había perdido el brazo en que sostenía la alegórica antorcha.

Cuando Manhattan avanzó, a su vez, como la proa de un colosal portaviones, Dave sintió que sus ojos se anegaban de lágrimas. Nada de cuanto veía ahora conservaba el pintoresco perfil de aquel antiguo Manhattan conocido en el mundo entero. Los esbeltos rascacielos habían caído abajo, sepultando a los edificios menores que les rodeaban con sus enormes moles de acero y cemento. Algunos elevaban todavía al cielo parte de sus esqueletos de hierro. Cada uno de ellos había formado al caer una montaña de escombros entre cuyas grietas salían llamas y humos.

La lancha disminuyó todavía más su velocidad al enfilar el East River y acercarse al puente de Brooklyn. Este puente, así como el de Manhattan, habíanse hundido en las aguas del río, sobre las que asomaban a modo de una hilera de grandes y afilados escollos. Aunque sólo hacía unas horas que Nueva York fuera borrado del mapa, a Dave le costó hacer un gran esfuerzo de imaginación para recordar el lugar exacto donde se levantaran los edificios más conocidos. Le impresionaba pensar que un trabajo de tantos años, en el que tomaron parte millones de hombres y se invirtieron sumas de dinero fabulosas, pudiera haber sido destruido en el breve segundo que duraba la explosión de una bomba de hidrógeno.

Al desembarcar entre las ruinas de los almacenes del viejo South, Dave se movía con la inseguridad y torpeza de un borracho. En el muelle había un grupo de soldados del Cuerpo de Salvamento de la Marina que inmediatamente empezaron a desembarcar las cajas de T'NT de la torpedera. Mientras se dedicaban a tan peligrosa operación, un buque-bomba del servicio de incendios del puerto lanzaba sus chorros de agua contra un incendio próximo. Del cielo llovían pavesas de fuego que los marinos encapuchados corrían a

apagar a pisotones.

—Si no tienen nada que hacer aquí, márchense —aconsejó un marinero a Dave—. Si esas cajas explotan no van a quedar aquí ni migas de nosotros.

La pareja se alejó remontando una pirámide de ladrillos, entre los que se veía de vez en cuando alguna figura cuyos contornos recordaban vagamente los humanos. Por su gusto, el comandante hubiera abandonado allí mismo la empresa. Era absurdo buscar el cuerpo de un niño en aquel desierto de ladrillos, bajo las montañas de cascotes o entre los centenares de cadáveres aplastados o carbonizados que iban sorteando. La empresa era demasiado gigantesca y el acceso difícil por aquel terreno lleno de obstáculos y mortales trampas. Los incendios les lamían los vestidos haciéndoles sudar copiosamente.

Siguió adelante, sin embargo, porque él había sido el instigador de esta macabra excursión entre las ruinas de la ciudad más grande del mundo. Tras media hora de penoso ascender y descender montones de escombros llegaron al lugar donde creían que estuvo enclavada la casa de los Milton. Pero en realidad carecían de puntos de referencia para fijar la posición de una casa que ya no existía.

Una compañía de soldados encapuchados estaba excavando la entrada en un refugio sepultado. Entre las grietas salían escalofriantes chillidos y llamadas de socorro. Precisamente se trataba de uno de los refugios próximos a la casa de los Milton.

—Tal vez Tedd y mamá estén ahí dentro —murmuró Bess llena de angustia.

Decidieron esperar a que los soldados desobstruyeran la entrada. Pero los soldados iban a evacuar. Sus dosímetros individuales de radioactividad indicaban la conveniencia de salir de allí en seguida. Tal vez llegara otra brigada a relevarles...

También los dosímetros de Bess y Dave empezaban a tomar un color verde. El sol habíase ocultado ya y el fulgor de los incendios iba destacándose sobre la creciente oscuridad.

—Vengan con nosotros —les dijo un capitán de Ingenieros—. Sus dosímetros se ponen verdes. ¿Cómo demonios les han permitido entrar en este infierno?

Mustios y cabizbajos, volviéndose con frecuencia para lanzar miradas angustiosas al punto donde quedaban los enterrados en vida, Bess y Dave emprendieron el camino de regreso. Era pasada la media noche cuando, rendidos y desalentados, entraban en su base. Reinaba allí una agitación extraordinaria.

—¿Qué pasa? —preguntó Dave al primero que le salió a] paso.

—¿Cómo? ¿No lo sabe? Nos trasladan a Alaska y salimos al alba.

La pareja cruzó una mirada de estupor

CAPITULO VII

LA LUCHA EN EL NORTE

INCLINADO su aparato sobre un ala, David Stewart podía ver cómo se deslizaba bajo sus pies la plateada cinta del río Liard. En este punto, según las instrucciones recibidas, la escuadrilla debería encontrarse allí con la flota de grandes aeroplanos cisterna de la Roya] Air Force canadiense. Como el traslado era de urgencia, los 6.500 kilómetros de ruta estaban haciéndose sin escala, siendo abastecidos los aeroplanos de gasolina en pleno vuelo cada 2.000 kilómetros

La flota de aviones nodriza acudía puntualmente a la cita. Dave podía verles en su pantalla de radar y en este momento recibió la llamada prevista de antemano:

—¡Hola, Nick Leader! ¡Llama «Alberta»! ¡Atención: Alberta uno llama a Nick uno!

—¡Hola, Alberta! Nick uno a la escucha —contestó' Dave por su micrófono.

—¡Atención, Nick uno! Pónganse en fila y les soplaremos los tanques. Repito...

«Soplar» los tanques era en buen argot aviatorio inyectar gasolina en los tanques por medio de una bomba. Dave llamó a su escuadrilla:

—¡Atención! Nick uno a escuadrilla Nick. Avanecen hasta formar en línea y sepárense un poco para que puedan bajar las vacas.

Volviendo la cabeza a derecha e izquierda, Dave observó con satisfacción cómo sus muchachos se adelantaban hasta formar una prolongada línea. Por encima de su cabeza vio descender otra línea de nueve enormes cuatrimotores que, con una maestría maravillosa, fueron a situarse exactamente sobre cada uno de los cazas, volando a su misma velocidad.

Un largo tubo salió de la panza del cuatrimotor canadiense que Dave tenía encima y como un rígido brazo de acero, descendió

sobre el Convair buscando la válvula que éste tenía en los extremos de las alas. El contacto se hizo automáticamente. El largo tubo telescópico del aeroplano nodriza atrapó la válvula. Dave vió encenderse en su cuadro de instrumentos una lucecilla roja.

—¡Muy bien, Alberta uno! —gritó—. ¡Contacto!

—¡Atención, Nick uno! ¡Abra la válvula!

Dave apretó un botón en su cuadro de instrumentos.

—¡Atención, Alberta uno! ¡Nick uno, preparado!

Las bombas del gigantesco transporte empezaron a inyectar gasolina en los depósitos del caza-bombardero. Dave observaba un juego de luces color ámbar sobre su salpicadero. La operación estuvo terminada en unos minutos. Dave avisó:

—¡Hola, Alberta uno! ¡Nick uno con todos los tanques cargados!

—¡O. K., compañero, como dicen ustedes! —repuso la nodriza canadiense— Desenchufamos. Asegúrese que tiene la válvula perfectamente cerrada. ¡Buena suerte!

Alberta recogió su especie de telescopio y se remontó virando a estribor. Dave comprobó que tenía la válvula cerrada y miró hacia sus muchachos. El caza del teniente Knebel se separaba en aquel momento del avión nodriza. Los demás, según el argot aviatorio, estaban «mamando» todavía. Dave podía escuchar en sus propios auriculares las conversaciones que sostenían entre sí los yanquis y los canadienses. La operación estuvo terminada unos minutos más tarde y el último gigante se alejó sacudiendo las alas en señal de despedida.

La Escuadrilla 112 prosiguió su vuelo con el mismo rumbo, la misma velocidad y la misma altura. Era ésta la segunda y última vez que se aprovisionaban de gasolina en pleno vuelo. El Grupo 222 de Caza había salido al amanecer de Long-Island Field con destino a la isla Nunikow, en la costa occidental de Alaska.

El habitual usuario de la base de Nunikow, el Grupo 67 de Caza, constituido enteramente por aeroplanos VTO, había sido muy castigado e iba a ser reforzado por el 222. La lucha era dura en el Norte. Los bombarderos soviéticos y los proyectiles dirigidos A-9 habían machacado literalmente las bases aéreas y navales, las ciudades, las concentraciones de tropas, las vías de comunicación y las defensas costeras yanquis en Alaska. Al otro lado del estrecho de Bering estaba concentrado el Ejército rojo, cuatro millones de tropas chinas, que sólo esperaban a que las bombas atómicas rusas hubieran barrido el suelo de Alaska para cruzar el brazo de mar y lanzarse a la invasión de América del Norte.

El ejército que los norteamericanos podían oponer a esta horda no iba más allá de unos centenares de miles de soldados, la mayor

parte de los cuales estaban todavía en ruta hacia Alaska luchando con las mil dificultades de transporte originadas por la acción de las Fuerzas Aéreas rojas.

Los Estados Unidos jamás acariciaron la ilusión de poder enfrentar a un ejército tan numeroso como el ruso y el chino con otro ejército igualmente numeroso. Por, lo tanto, habían luchado durante los años de precaria paz que siguieron a la Segunda Guerra Mundial por obtener una neta superioridad técnica sobre sus enemigos potenciales,

A la sazón, el pueblo y las fuerzas armadas yanquis estaban seguros de tener esa superioridad técnica, pero la forma en que iban desarrollándose los acontecimientos hacía vacilar por primera vez la firme seguridad de los norteamericanos. Lo ocurrido en las primeras veinticuatro horas de lucha era por demás elocuente. Los yanquis tenían los mejores cazas de intercepción del mundo; tenían el mejor radar, los proyectiles teledirigidos más inteligentes y el mejor equipo. Pero la Unión Soviética había arrasado prácticamente todo el Norte del país utilizando para esta operación unos 4.000 aeroplanos de fabricación tosca y barata, tripulados por fanáticos que en el momento de despegar sabían positivamente que no regresarían jamás. Ni uno sólo de aquellos 4.000 bombarderos regresó a su base, ¡pero cuánto daño habían causado! Los destrozos producidos eran enormemente mayores que el costo de aquellas 4.000 máquinas concebidas y fabricadas con el ánimo de no utilizarlas más que en una sola misión sin retorno.

En lo que respecta a Alaska, los comunistas mostraban intenciones de repetir esta táctica. No era posible que hubieran reunido allí tantos miles de embarcaciones, tantas divisiones acorazadas ni tantos aeroplanos sin saber que sólo una pequeña parte de aquel abrumador ejército llegaría a las costas de América. Pero una parte pequeña de un todo enormemente grande, era siempre una pequeñez grande. Los rojos aposentados en el Kremlin sacrificarían, tal vez, tres millones de chinos y la mayor parte de sus aeroplanos y buques, pero lo que quedara sobraría para invadir Alaska. Y una vez establecida la cabeza de puente, las muchedumbres de Asia se volcarían por aquel camino abierto a costa de tanta sangre y caerían sobre el continente americano como una nube de hambrientas y voraces langostas. Ni todas las bombas atómicas del mundo bastarían para frenar aquella oleada humana. Las reservas de Asia eran prácticamente inagotables.

Mientras sospesaba estas desagradables perspectivas, la escuadrilla de Dave dejó atrás la frontera del Canadá, y ya sobre territorio de Alaska, voló rápidamente en dirección al mar de Bering.

Al acercarse a la costa Dave advirtió con su radar una extraordinaria actividad aérea. Esta presencia de aviones iba haciéndose más frecuente a medida que la escuadrilla acortaba la distancia que le separaba de su nueva base. De vez en cuando, entre un claro de nubes, a sus pies, Dave podía vislumbrar grandes columnas de humo. La aviación roja debía haber pasado por allí poco antes bombardeando la martirizada carretera de Alaska, construida durante la Segunda Guerra Mundial, y los puntos donde creía o sabía que existían concentraciones de tropas.

Desde muchos kilómetros de distancia, los pilotos de la Escuadrilla 112 divisaron ya las gigantescas setas radiactivas que cubrían las aniquiladas ciudades de Bethel y Vancouver. Hacia el Norte, la accidentada costa desaparecía bajo una línea de humos que se prolongaba hasta desaparecer tras el horizonte. Las defensas costeras, al parecer, habían sido larga y duramente atacadas por la aviación y las bombas volantes soviéticas disparadas desde el otro lado del estrecho.

El cabo Vancouver desfiló por estribor y Dave vio surgir la isla Nunikow, separada de Vancouver por el estrecho de Coch. La isla era bastante grande y en ella habían existido un par de grandes aeródromos para los bombarderos de gran radio de acción norteamericanos. Todavía podían verse restos de las amplias y prolongadas pistas de cemento. Aquellas bases estaban inutilizadas por las bombas atómicas. Sus instalaciones ardían todavía completamente abandonadas.

Detrás de una montaña, el comandante halló el enclave de la base secreta para cazabombarderos de despegue vertical. A juzgar por el aspecto del terreno, calcinado por una explosión atómica, la base no era tan secreta como pudiera suponerse. Los rusos conocían su emplazamiento y habíanla bombardeado, mas sin dañarla. Al menos, los grandes montacargas seguían funcionando cuando los «Convair XF-8E» de la Escuadrilla 112 aterrizaron sobre ellos.

CAPITULO VIII

MUERTE EN LA ESTRATOSFERA

LA nueva base del Grupo 222 se diferenciaba poco, en su aspecto general, de la que dejaron en los Estados Unidos. El ambiente era, sin embargo, distinto.

Los escasos pilotos que quedaban del diezmado Grupo 67 llevaban tres días seguidos de lucha sin descansar un solo instante. Eran, en general, un puñado de hombres en cuyos rostros había impreso su huella el cansancio, la suciedad, el desaliento y el ardor de la lucha. Aguantando durante tres largos días todos, el peso de la batalla aérea, solos y lejos de la patria, habían llegado a sentirse abandonados frente a un enemigo con fuerzas más que sobradas para engullirles en cualquier instante.

La llegada del Grupo 222 impidió, seguramente, que los nervios de aquellos muchachos, tensos como cuerdas de arco, estallaran en mil pedazos cediendo al continuo y formidable empuje de las oleadas de aeroplanos rojos.

A media tarde, después de haberse repuesto del largo viaje, los pilotos del Grupo 222 y los restos del 67 fueron llamados a asamblea en una habitación de techo abovedado y muros de cemento que trasudaban humedad. El coronel Lockwood ocupaba el estrado de madera, teniendo como telón de fondo un enorme mapa de Alaska que comprendía también parte de la punta más oriental de Asia. Junto al coronel Lockwood se erguía la pequeña y nerviosa figura del coronel Darlin, comandante del maltratado Grupo 67 de cazas VTO.

—Caballeros —dijo Lockwood dirigiéndose a la concurrencia—. Parece ser que hemos llegado a esta zona con el tiempo justo para tomar parte en lo que, a no dudar, será una de las batallas más duras de la guerra que acaba de empezar. Durante tres días consecutivos este cielo ha sido escenario de una furiosa batalla de aniquilamiento entre la aviación roja y nuestros grupos de cazas. En esta batalla el enemigo ha sufrido casi tres veces más pérdidas que nosotros, pero los recursos bélicos de la Unión Soviética son

enormes y prácticamente hay tantos aeroplanos en esta zona como en el momento de empezar las hostilidades. El abrumador ejército chino de invasión se ha puesto en movimiento hacia el estrecho. Hay señales inequívocas de que intentará cruzar el canal esta misma noche y nuestra misión consiste en impedir que ponga pie en Alaska. El coronel Darlin, que ha vivido con sus bravos muchachos las duras horas de los ataques preliminares comunistas y tiene un mejor conocimiento del estado de cosas, les dirigirá ahora unas palabras.

Lockwood saludó con un movimiento de cabeza al coronel Darlin. Este avanzó hacia el borde del estrado, cruzó las manos a sus espaldas y pasó la mirada de sus ojos febriles sobre las jóvenes caras vueltas hacia él.

—Caballeros —dijo—. El coronel Lockwood ha calificado a las fuerzas que tenemos enfrente con su expresión justa: abrumadoras. El enemigo ha reunido al otro lado del estrecho unos contingentes tan numerosos, que si consiguieran poner pie en Alaska, sería muy difícil echarlos de aquí. La batalla aérea que ha diezmado nuestro Grupo 67 ha sido tan dura que, prácticamente, estuvimos demasiado ocupados en combatir contra los cazas rojos para poder interceptar a los bombarderos y proyectiles dirigidos que han estado lloviendo durante tres días sobre nuestras defensas costeras y las bases y líneas de comunicación del interior. El enemigo ha sufrido tanto o más que nosotros, pero sin duda contaba ya con tener abundantes pérdidas y han reunido tropas y material suficientes para que su Ejército, aun reducido a una tercera parte, continúe siendo poderoso.

El coronel se interrumpió para tomar un puntero y señalar con él algunos lugares del mapa que tenia detrás.

El enemigo continuó diciendo— ha concentrado un número exorbitante de barcos desde el cabo Olfutora al cabo Nayarin, en todo ei seno del golfo Anadyr, a lo largo del estrecho, y por el Norte, hasta el cabo Nord. Estos barcos son de todas clases y tonelajes. Su dispersión hace poco efectivo el bombardeo atómico. Nuestras escuadrillas de bombardeo han atacado y hundido gran número de esos buques. Nuestra artillería reserva sus bombas volantes y proyectiles dirigidos atómicos para el instante en que esa fuerza naval intente cruzar el estrecho. Pero todo indica que esos barcos no se pondrán en movimiento hasta que las fuerzas aerotransportadas comunistas hayan establecido una cabeza de puente en Alaska. Establecida esa cabeza, procurarán retenerla por todos los medios. Procurarán, desde luego, tenernos tan entretenidos en una gigantesca batalla de aniquilamiento que no podamos operar contra los transportes aéreos de tropas, contra sus

bombarderos ni contra la flota de invasión.

El coronel Darlin regresó al borde del estrado y se apoyó en el puntero, utilizándolo como cayada.

—Nuestra tarea consiste en interceptar los trenes aéreos, atacar con bombas volantes los buques de desembarco y los submarinos que crucen el estrecho y, en general, repeler el ataque de la caza soviética. Tenemos gran número dé escuadrillas de despegue vertical a lo largo de una línea de sólidas bases enclavadas en todo el litoral y hasta el interior de Alaska. Estas bases han sobrevivido al bombardeo enemigo y sus escuadrillas han sido considerablemente reforzadas. Asia está empeñada en invadir América y no desistirá de sus propósitos aí primer revés. Por lo tanto, nos esperan unas jornadas muy duras y, en especial, una noche muy movida. Sería conveniente que todos procuráramos aflojar los nervios y descansar hasta que seamos llamados a la palestra. Esto es todo, caballeros —concluyó diciendo el coronel Darlin.

La concurrencia se puso en pie y desfiló hacia la salida.

*** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** ***

Un timbre que repiqueteaba sobre el dintel de la puerta arrancó al comandante David Stewart de su profundo sueño, haciéndole incorporar con alarma. De la litera superior se descolgaron las largas piernas del teniente Horst Knebel.

Al salir, ya completamente equipados, se unieron a una corriente de pilotos vestidos de titanio que andaban en busca de sus aeroplanos. El circuito de altavoces bramaba órdenes para las respectivas escuadrillas y el personal de tierra.

Dave entró en el hangar donde estaban los Convair de su escuadrilla y se encaminó hacia un surtidor. Una muchacha del Cuerpo Auxiliar Femenino le enchufó una manga a la espita de su coraza y le llenó de aceite especial el hueco que quedaba entre su cuerpo y la armadura de titanio. Otra muchacha le colgó en bandolera una enorme pistola ametralladora para el caso que tuviera que efectuar un aterrizaje forzoso en tierra ocupada por el enemigo.

Sumergido en un mar de aceite que le hacía varios kilos más pesado, Dave se dirigió hacia su aeroplano, trepó a la carlinga y esperó.

— ¡Atención... escuadrilla 100! ¡A sus aparatos! Prepárense para despegar.

Empezaron a funcionar los ascensores de la base. Cuando el altavoz les llamó, los pilotos de la Escuadrilla 112 se ajustaron las escafandras de plástico y conectaron los teléfonos. Todos los cazas iban provistos de proyectiles «Firebird» «aire-a-aire», con lo que Dave entendió que la misión iba a llevarse contra los cazas o los trenes de planeadores rojos.

Una muchacha corrió detrás de Dave la cubierta transparente. Los componentes de la escuadrilla de campo empujaron su caza haciéndolo rodar sobre su pequeño juego de ruedas locas hasta dejarlo en el centro de la plataforma.

Esta fue la primera vez desde que empezó la guerra en que Dave Stewart tuvo uno de aquellos presentimientos tan comunes entre los hombres que se disponían a emprender una misión arriesgada. Tuvo la impresión de que no regresaría jamás a esta base, que su vida se perdería en la vorágine de aquella gran batalla. Era uno de aquellos casos en que la voz del presentimiento gritaba transida de miedo; «¡Detente... no vayas! ¡La Muerte te espera en la estratosfera!»

Fue también la primera vez que Dave Stewart experimentó verdadero miedo. Su cuerpo estaba bañado en sudor frío cuando el montacargas subió por el pozo de hormigón hacia un cielo extrañamente tinto de púrpura.

— ¡Atención, Nick Leader! —gritó la conocida voz de Elizabeth Milton por sus auriculares—. ¡Despegue! En el aire recibirá instrucciones...

La voz de la mujer amada galvanizó al comandante Stewart. Ella despertó en él el recuerdo de un Nueva York reducido a cenizas y escombros, de montañas de ladrillos, de centenares de miles de muertos y heridos... de un niño sepultado entre las ruinas: el suyo.

Con movimientos puramente mecánicos apretó el botón del puesta en marcha. Las turbinas aullaron elevando el timbre de su voz hasta convertirse en un penetrante silbido. El hombre encerrado en aquella hermética cabina, envuelto por una coraza de titanio y nadando prácticamente en un baño de aceite, sintió desaparecer todos sus temores. Continuaba creyendo que ésta era su última misión y que la muerte le aguardaba en la estratosfera; pero el inminente final de su existencia ya no le asustaba. Moriría si tenía que morir, mas antes procuraría llevarse por delante alguna de aquellas diabólicas criaturas que soñaban con invadir América y saciar su hambre de siglos devorando los restos de la civilización occidental.

¡Cinco mil revoluciones por minuto!

Dave embragó los motores y despegó con la proa apuntando a un cielo tinto de rojo. El comandante miró aquel cielo. E] sol

andaba oculto tras el horizonte, pero el fulgor de una aurora boreal encendía las altas capas atmosféricas en una luz púrpura que alumbraba también la tierra y daba al océano el curioso aspecto de un mar de espesa sangre.

A 3.000 metros de altura, los Convair bajaron sus proas y comenzaron a ascender lentamente hasta los 12.000 metros sobre el mar. Según el radar de Dave, todo el Grupo 222 volaba a su izquierda. Por estribor, a un centenar de kilómetros, volaba también una nutrida formación de aeroplanos siguiendo la misma ruta.

— ¡Atención, Grupo 222! —llamó la voz del coronel Lockwood, que tripulaba un Convair y marchaba al frente de la formación—. Una importante fuerza aérea enemiga formada por trenes de planeadores y transportes de tropas se propone cruzar el estrecho con ánimos de desembarcar paracaidistas y tropas sobre nuestro territorio. Tenemos que impedirlo, pese a la oposición de la caza roja. Estén atentos ahora. Dentro de unos instantes veremos al enemigo en nuestras pantallas.

La formación continuó volando a razón de 1.000 kilómetros por hora rumbo al Noroeste. Tras unos minutos de ansiedad, Dave veía aparecer al enemigo en su pantalla de radar. Estaba todavía a 200 kilómetros de distancia y, aparentemente, cubría todo el amplio horizonte sobre el estrecho de Bering, volando a alturas que comprendían desde los 1.000 metros sobre el mar a los 20.000 metros. En aquella espesa mancha fluorescente de la pantalla, bastante parecida al aspecto de la Vía Láctea en una noche de verano, era fácil de distinguir a la caza roja por sus idas y venidas en torno al convoy, cuya marcha era relativamente lenta.

A la vista de aquella formidable fuerza aérea, Dave Stewart sintió una molesta sensación de angustia en la garganta. ¿Qué cifra sumaban los puntos de luz que salpicaban el cristal de su pantalla de radar? Imposible saberlo. Lo mismo podían ser dos mil que tres mil. Eran, desde luego, la fuerza aérea más numerosa que Dave viera jamás reunida sobre un mismo punto.

—¡Atención! Fletcher a Grupo 222. Ahí está el enemigo, muchachos. Parecen un enjambre de abejas, ¿verdad? Bueno, no hay que preocuparse demasiado. La inmensa mayoría son planeadores o transportes de tropas indefensos. Embraguen los reactores y adelante. Tenemos que aguarles la fiesta a esos. ¡Buena suerte... y buena caza!

Los «Convair XF-8E» embragaron sus reactores simples. Dave percibió el suave empujón de los gases que le impulsaban de popa. Al dar la señal de ataque, los comandantes de las diversas escuadrillas rompieron a hablar todos a la vez, repartiendo breves y

secas instrucciones entre sus pilotos. La casi totalidad de estas órdenes tendían a buscar una mayor altura desde la que arrojarse ventajosamente contra el enemigo. Dave permaneció mudo tanto tiempo que el teniente Horst Knebel le llamó extrañado;

—¡Nick dos a Nick uno! ¿Me escucha usted, Stewart?

—Nick uno a Nick dos —repuso Dave—. Le oigo perfectamente. ¿Qué quiere?

—Nada. Simplemente quería asegurarme que su radio funcionaba.

Dave soltó un gruñido, echó una ojeada al radar y habló:

—¡Atención, Nick uno a escuadrilla Nick! Todos los muchachos están encaramándose a las nubes para pegarse con los cazas rojos. Nos dejan la planta baja libre. Vamos a bajar a dos mil metros y atacar los trenes de planeadores mientras los demás andan a la greña por la azotea. No pasen de los dos mil kilómetros de velocidad por hora. Y utilicen los cañones electrónicos en vez de los «Firebird» en tanto les queden municiones. ¡Adelante!

La Escuadrilla 112 picó hacia el mar. En este momento, la caza soviética picaba desde las alturas contra los VTO yanquis cruzando con estos densas andanadas de cohetes «robot». Por encima de la cabeza de David Stewart, todo el cielo estaba surcado de trazos de luz y de rápidos fogonazos amarillos y rojos. Ante la proa del comandante pasó dando volteretas un Convair yanqui que se hundió en el vacío en dirección al mar. Por la derecha vio picar un caza rojo que dejaba tras sí una ancha estela de humo. Un proyectil teledirigido pasó como una bala por encima de su cabeza y fue a estallar ante la proa del Convair que le venía a la zaga. En el espejillo retrovisor, el comandante vio una fugaz y terrorífica explosión atravesada por multitud de fragmentos del aeroplano.

Casi de repente, Dave vió surgir ante sí un largo tren de planeadores remolcados por un panzudo cuatrimotor, que era una copia de los viejos B-29 norteamericanos de la ¡Segunda Guerra Mundial.

Apretó el botón de nácar situado al extremo de la palanca de mando y miró hacia el extremo del ala de babor. Vio cómo el par de cañones se movían con rapidez apuntando al cuatrimotor, y vio casi al mismo tiempo salir un doble chorro de acero por aquellos cañones.

El par de cañones de 20 milímetros del ala de estribor habían empezado a disparar a su vez. Los pequeños proyectiles dibujaron en el espacio enrojecido por la aurora boreal sendos surcos de humo ligeramente curvos que fueron a encontrarse matemáticamente sobre el remolcador soviético.

La descarga sólo duró unos breves segundos, porque a 2.000 kilómetros por hora, el Convair tripulado por Dave se acercaba al cuatrimotor a razón de 550 metros por segundo. El piloto tuvo una fugaz visión de una hélice que saltaba a pedazos, un motor que se desprendía en mitad de una explosión y una nube de humo. Un segundo más tarde pasaba por encima de su víctima y tres segundos más tarde lo había perdido de vista sobre el espejillo retrovisor.

A partir de este momento, las cosas empezaron a ocurrir con tanta rapidez que sólo los cerebros adiestrados para pensar de prisa podrían seguir el curso de los acontecimientos. Dave y sus pilotos se vieron volando a través de una compacta formación de planeadores.

— ¡Nick uno a escuadrilla Nick! ¡Viren a estribor!

La escuadrilla viró a la derecha y se puso a volar en la misma dirección que seguían los trenes de planeadores y las formaciones de transportes de paracaidistas. Desplegada en una línea que cubría dos kilómetros de espacio, los Convair se lanzaron contra los aeroplanos soviéticos disparando a diestra y siniestra.

Persiguiendo y dando alcance a uno de estos trenes, Dave veía volar sus proyectiles de 20 milímetros hasta el más rezagado de los aviones sin motor. Apenas éste cabeceaba envuelto en un chisporroteo de rápidas explosiones, el Convair le dejaba atrás. Los cañones dirigidos automáticamente por radar saltaban al segundo de la fila, le arrancaban varios pedazos, lo dejaban en llamas y pasaban a hacer lo propio con el tercero. Así, en cuestión de medio minuto, el caza de Dave había recorrido de punta a punta todo un tren de siete u ocho planeadores echándolos abajo. Los cañones lanzaban una lluvia de proyectiles contra la cola, las alas y los motores del cuatrimotor remolcador. El avión se deslizaba de costado, se adornaba con algunas explosiones y caía hacia el mar envuelto en llamas. Las tropas paracaidistas chinas se apresuraban a abandonar la máquina saltando al espacio.

El cielo se llenaba con las blancas sombrillas de los paracaidistas.

Recorriendo las filas de planeadores, la Escuadrilla 112 efectuaba un barrido completo de las líneas enemigas tumbando aeroplanos a mansalva. Al cabo de 5 minutos, Dave había recorrido. 160 kilómetros disparando a diestra y siniestra contra todo cuanto se movía por delante, por encima y por debajo de él.

De pronto el espacio apareció limpio de aviones. Era que acababa de dejar atrás la cabeza del gigantesco convoy aéreo. Estaba volando sobre la costa de Alaska. Veíanse subir vertiginosamente los proyectiles cohete «suelo-a-aire» de la barrera defensiva de la costa. Aquellos cohetes, provistos de una espoleta

«buscadora» y otra de proximidad, subían a considerable altura en unos segundos y, controlándose por sí mismos, iban a buscar al enemigo para estallar a ocho metros de distancia de él. Aquellas baterías estaban disparando contra los cazas soviéticos que volaban a 20.000 metros de altura por encima de Dave.

De pronto, un proyectil «robot» estalló a diez metros de distancia de Dave. Las esquirlas de metralla le desmontaron los cañones de babor, que quedaron balanceándose al extremo de los cables eléctricos. La sacudida fue tremenda. El aviso despertó a Dave. Le atacaban.

Empujó a fondo la palanca aceleradora y levantó la proa de su máquina ascendiendo casi en vertical. Súbitamente se vio envuelto en un torbellino de aeroplanos que giraban y se perseguían cruzando proyectiles «robot» y descargas de cañón-ametralladora.

Atravesando aquel caos entre explosiones de bombas y surcos de balas trazadoras, Dave se encontró volando a 20.000 metros de altura, con todo el cielo limpio de aviones por encima de él. Pero sobre él no quería decir en torno a él. En su pantalla de radar vio un punto de luz amarilla que venía hacia él por la espalda, acortando la distancia con vertiginosa rapidez. Era un caza soviético.

Dave pensó instantáneamente en aquel presentimiento que le avisara su muerte próxima en el momento de despegar de la base. Tal vez el destino ponía aquella máquina a sus espaldas para que se cumpliera fatalmente el macabro presentimiento.

Por una fracción de segundo, Dave pensó en la inutilidad de intentar eludir a la muerte. Pero en el medio segundo siguiente, su ansia de vivir se sublevó:

—¡Idiota! —le gritó su instinto de conservación—. ¡Huye…! ¿No ves que eres tú quien ayuda a la muerte?

La barra de mando se movió hacia adelante sin que el centro nervioso de Dave dictara tal orden a los músculos de los brazos. El «Convair XF-8E» bajó su proa y volvió al vuelo horizontal cuando había subido hasta 22.000 metros de altura. Entonces, la saeta del indicador de velocidad comenzó a galopar por la esfera numerada. En el pecho de Dave el corazón golpeaba con fuerza. Un vehemente deseo de vivir y de derrotar al aborrecido enemigo vertió en sus venas torrentes de sangre impetuosa. Todos sus sentidos saltaron instantáneamente a la posición de alerta.

Miró la pantalla. El caza enemigo estaba a 50 kilómetros por su espalda y tendía a acortar esta distancia. La acortó, en efecto, hasta 30 kilómetros, mientras el reactor simple del Convair alcanzaba toda su potencia y la saeta del indicador corría hacia los 2’5 Mach.

A 25 kilómetros de distancia, el caza soviético largó dos

proyectiles cohete «aire-a-aire». Dave los vio venir en su pantalla de radar y lanzó un juramento, empujando la palanca del acelerador. Pero la palanca estaba ya a tope. Sin embargo, la saeta del indicador pasaba ya los 2’5 Mach y avanzaba lentamente hacia los 2’75 Mach.

Con el alma en vilo, Dave vio cómo las dos manchas fluorescentes se aproximaban al centro de su pantalla. En sólo dos minutos los proyectiles teledirigidos recorrieron 120 kilómetros. En el mismo tiempo, el Convair recorrió 100. Como la máquina yanqui llevaba 25 kilómetros de ventaja a la soviética y los proyectiles «robot» sólo tenían dos minutos de vida, Dave calculó que, a menos que aquellos artefactos tuvieran más vida, estallarían sin alcanzarle a 5 kilómetros por detrás de él.

Pero no ocurrió así. Transcurridos los dos minutos, los proyectiles siguieron avanzando y ganando terreno a razón de 166 metros por segundo. David calculó al buen tuntún que, a menos que se «murieran» en seguida, estallarían encima de él al cabo de 30 segundos.

Un sudor frío bañó de pies a cabeza el cuerpo del comandante norteamericano. Alzando los ojos hasta el espejillo retrovisor pudo ver a los dos siniestros cohetes volando tras él a unos 200 metros de distancia. Imposible evitar que le alcanzaran. Los «robot» le seguirían adonde quiera que fuese.

—«Estaba escrito» —murmuró admirado de la extraordinaria vida de los autómatas de la muerte.

Íntimamente convencido de que iba a morir, Dave dedicó sus últimos pensamientos a su hijo y a la que fuera su mujer. ¡Cómo amaba a Bess! ¿Qué estúpido orgullo le mantuvo distanciado de la única mujer que amó y amaría en su vida? ¡Su vida! ¡Cuán poco le quedaba de ella!

De pronto cayó en la cuenta que los proyectiles «robot» habían dejado de sacarle ventaja. Por el contrario, iban quedándose sensiblemente atrás..., casi no los distinguía ya entre el fantástico fulgor de la aurora boreal. ¿Qué ocurría?

Miró al indicador de velocidad y comprendió con un sobresalto de loca alegría. Su máquina volaba a más de 2’75 Mach y seguía acelerando. Dos segundos después de haber hecho este descubrimiento los proyectiles «robot» de fabricación soviética se autodestruían en el aire al alcanzar los límites de su efímera existencia.

El comandante volvió sus ojos al radar. ¡El caza rojo iba quedándose atrás! Estaba ya a 40 kilómetros de distancia, seguramente con su reactor simple a toda potencia, mas perdiendo

terreno velozmente.

—«Mi caza es más rápido» —pensó Dave—. «Mis «Firebird» son también mucho más veloces. Entonces… ¿Es verdad que los americanos somos técnicamente superiores a los rusos?»

Sí, era verdad. Dave lo comprendió así en mitad de un estallido de alegría. Y a partir de este instante relegó al olvido su estúpido presentimiento. ¡Aquel maldito piloto comunista sí que tenía sellada y firmada su destrucción!

Volaban como flechas rumbo al Este. El caza rojo estaba ya a 55 kilómetros de distancia, empeñado en una carrera de velocidad que jamás podría ganar. El comandante entornó los ojos.

—«Seamos astutos» —pensó.

Debería estar volando muy adentro sobre tierras de Alaska, devorando centenares de litros de gasolina a un ritmo tremendo. Dave estaba en «casa», pero ¿y el aeroplano rojo? Por fuerza tendría que dar la vuelta para regresar al Asia antes de acabar su provisión de gasolina. Y entonces…

Como si el pensamiento del piloto soviético estuviera conectado por radio con el de Dave, el caza rojo se alejó hacia la derecha. ¡Estaba virando!

—«¡Esta es la tuya, Dave!» —gritó una regocijada vocecilla dentro del yanqui.

La palanca de mando, empujada por dos manos enguantadas, cayó hacia la derecha. Un pie oprimió con suavidad un pedal. El «Convair XF-8E» describió un viraje que le llevó 25 kilómetros al sur y se lanzó en persecución del aeroplano comunista.

Se habían vuelto las tomas. El perseguido se convertía en perseguidor, y el perseguidor en perseguido. El caza soviético marchaba a 60 kilómetros de Dave Stewart, volando a razón de 2’5 Mach por hora[1]. El «Convair XF-8E» avanzaba como un bólido a 3 Mach[2]. La diferencia era de 600 kilómetros hora a favor del «estratojet» norteamericano, diferencia que en la Segunda Guerra Mundial era la velocidad máxima de un caza corriente.

Si el caza rojo se hubiera encontrado a 600 kilómetros del Convair y ambos aeroplanos continuaran su carrera a 2’5 y a 3 Machs, respectivamente, el bólido yanqui daría alcance al ruso en espacio de una hora. Pero como andaban separados por 60 kilómetros de distancia y el Convair sacaba una ventaja de 10 kilómetros por minuto, el comandante Dave Stewart alcanzaría a su enemigo ¡en sólo 6 minutos!

En el momento de lanzarse por la recta en persecución del avión comunista, un rictus irónico plegaba las comisuras de la boca de Dave en una mueca diabólica. ¡Caro había de pagar aquel hombre

el susto que le diera poco antes!

Al cabo de tres minutos, el Convair había acortado la distancia en 30 kilómetros. Entonces Dave disparó un «Firebird» de control automático. El mortífero proyectil se desprendió de un ala y se adelantó al aeroplano perdiéndose en la lejanía el punto luminoso de las llamas que salían por su tobera de popa. Un minuto más tarde, el «Firebird» hacía explosión a 8 metros de distancia del avión ruso.

Siguiendo la trayectoria del «robot»» por medio del radar, Dave le subió hacerse en mil fragmentos. Vio también cómo la mancha fluorescente que era el caza en su pantalla de radar se dividía en dos. Perdiendo un ala, el caza soviético se hundió en el vacío, dejando tras sí una estela de humo. Aquel humo fue todo lo que Dave Stewart alcanzó a ver de su enemigo cuando llegó al lugar del siniestro 30 segundos más tarde. Todo el combate se había realizado en la estratosfera. Los dos pilotos no negaron a verse en ninguna ocasión.

Virando sensiblemente sobre un ala, Dave cerró el conducto de gasolina que alimentaba el reactor simple y embragó la planta motriz de propulsión por turbohélice. Tenía la gasolina justa para regresar a la base. David Stewart arrumbó al Sur y aflojó sus tensos nervios exhalando un suspiro de alivio.

CAPITULO IX

LA GRAN BATALLA

CUANDO Dave llegó a la base, su escuadrilla ya estaba de regreso. Había sufrido tres bajas. El teniente Horst Knebel daba instrucciones a tres veteranos pilotos del Grupo 67 que iban a cubrir los huecos dejados en las filas del Grupo 222 por los caídos en la gran batalla aérea.

El teniente mostró tan sincera alegría al ver a su comandante que éste se avergonzó de haber sentido celos contra su ayudante por causa de Bess.

Creí que había sido derribado —dijo Horst—. La última vez que vi su aparato fue a través de la explosión de un proyectil autómata enemigo.

Aquel proyectil me desmontó los cañones de babor—explicó Dave señalando su máquina—. Pero no me causó más daño. Y eso —añadió tras una corta pausa— a pesar de que en el momento de salir tenía la certeza de no regresar jarnás.

Creo que todos teníamos igual presentimiento en aquel instante. Yo, particularmente, estaba muerto de miedo cuando nos lanzamos al ataque —confesó Knebel ingenuamente.

Dave soltó un gruñido y se apartó para dejar paso a un pequeño tren de vagonetas, en cada una de las cuales se veía un extraño artefacto. El comandante identificó las máquinas como proyectiles «aire-a-suelo» de la clase «Vampiro».

Estos proyectiles eran en realidad bombas volantes en la acepción total de la palabra. Eran una especie de torpedos aéreos dotados de pequeñas alas en forma de flecha. Las bombas de la clase «Vampiro» se llevaban con las alas recogidas debajo de los planos de un avión. En el momento de ser lanzadas, las «Vampiro» abrían sus negras alas y volaban como un aeroplano corriente, controlándose por medio de un conjunto de timones en forma de aspa que llevaba en la cola.

El proyectil estaba unido por radio al avión que lo lanzaba. El «Vampiro» llevaba en su cabeza una pequeña estación emisora de televisión y mandaba las imágenes hasta una pantalla receptora situada a bordo de] bombardero. En el momento de lanzar la bomba, el piloto sujetaba con la mano una pequeña palanca y la bomba —que había abierto sus pequeñas alas— se desplazaba según los movimientos que el piloto imprimiera a la palanca. Esta tenía también un acelerador en forma de gatillo y un botón para cerrar las alas a una pequeña presión de] pulgar.

En la primera parte de la trayectoria del «Vampiro», tanto si había niebla como si volaba por la estratosfera, el piloto bombardeador seguía el vuelo de su proyectil con auxilio del radar. Cuando el «Vampiro» se hallaba a 15 kilómetros del blanco v las imágenes captadas en la pantalla de televisión se hacían precisas, el bombardeador abandonaba el radar y controlaba ai proyectil por medios directamente visuales. El «Vampiro», impulsado por el peróxido de hidrógeno de su reactor, descendía a tremenda velocidad sobre el objetivo y lo destruía por «kamikaze», o sea, suicidándose.

Se había objetado mucho acerca de las ventajas del «Vampiro» sobre otros proyectiles «aire-a-suelo» que se dirigían automáticamente contra el objetivo controlados por un «ojo» electrónico. Se objetaba, sobre todo, que el «Vampiro» solo podía actuar a plena luz del día y contra blancos visibles desde gran distancia. Pero el «Vampiro» había salido triunfante y construido en serie para la Armada, porque era el más barato y seguro de todos los proyectiles «aire-a-suelo» y podía hacer cosas que jamás harían sus rivales.

Podía eludir el radar de gran alcance de un buque de guerra volando a ras de las olas —como un grande y mortífero pez volador —; podía maniobrar en torno a un convoy buscando el ángulo más propicio para atacar; podía eludir el fuego de barrera de artillería enemiga, y podía esta era su mayor ventaja— elegir el blanco sobre el que iría a estrellarse.

Dave Stewart experimentó cierto sobresalto al darse cuenta de que todos los aeroplanos de su escuadrilla estaban siendo provistos de esta clase de proyectiles.

—¿Qué significa esto? —preguntó al teniente Knebel—. ¿Vamos a atacar barcos?

La respuesta de Knebel fué afirmativa. Sí, iban a atacar barcos. La situación era muy grave. Aunque por lo menos la mitad de los planeadores soviéticos habían sido derribados en el mar, el resto

consiguió pasar a través de la movible barrera de cazas yanquis y tomar tierra en Alasita.

La operación había sido magníficamente preparada. En el momento que los trenes de planeadores cruzaban el estrecho de Bering, fuerzas de «com- mandos» y «hombres ranas» transportados por submarinos desembarcaban en las costas de Alasita.

Con los «commandos» en la playa y los paracadistas y tropas aerotransportadas a su espalda, las fortalezas costeras que habían sobrevivido después de tres días de terribles bombardeos no podían resistir. Las tropas chinas traían en sus grandes planeadores toda clase de material de guerra, desde automóviles y tanques hasta artillería atómica.

— ¡Pero eso es muy grave! —exclamó el comandante Stewart roncamente.

—Sí —repuso Horst muy sereno—. Pero no lo más grave. Ahora, los comunistas se preparan para descargar un golpe decisivo. .Mientras nos tienen ocupados en esa batalla aérea monstruo, un formidable ejército está cruzando el estrecho y el mar de Bering utilizando millares de embarcaciones de todas clases y tonelajes, desde trasatlánticos y cruceros hasta lanchas rápidas, lanchones de desembarco, juncos, sampanes y cualquier cosa capaz de flotar y navegar sobre las aguas.

Dave dejó escapar un largo silbido de asombro.

—¡Si dejamos que esos condenados chinos pongan pie en Alaska, estamos listos —añadió Horst—, Los paracaidistas, los comandos y las tropas aerotransportadas ¡sólo constituyen un peligro relativo y que no costaría demasiado de eliminar. Pero si se establece la cabeza de puente y reciben refuerzos por mar, entonces nuestra posición en Alaska se habrá hecho verdaderamente difícil.

¿Y por qué no detienen ese convoy naval con una lluvia de bombas atómicas? —preguntó Dave irritado.

—Nuestro Estado Mayor va a utilizar las bombas atómicas, pero recuerde lo que ocurrió en los Estados Unidos. Las bombas atómicas, ni siquiera las bombas de hidrógeno, serán suficientes para deshacer todo ese ejército de desembarco. Este cubre, por lo menos, una superficie de cuatrocientos mil -kilómetros cuadrados de mar. ¿Cuántas bombas atómicas se necesitarían para barrer todo ese espacio? Nuestro bombardeo atómico echará a pique más de la mitad de los buques y lanchones, pero bastará que, sólo una pequeña parte de éstos lleguen a Alaska para meternos en un aprieto.

—Quiere decir que nosotros, la aviación, deberá limpiar los huecos que haya dejado el bombardeo atómico, ¿no? —preguntó Dave.

Esa va a ser nuestra tarea, sobre poco más o menos —repuso el teniente.

*** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** ***

Las previsiones del teniente Horst Knebel resultaron completamente acertadas. Durante dos horas, los proyectiles teledirigidos A-9 norteamerica-nos, con carga atómica, estuvieron cayendo sobre el estrecho y el mar de Bering, pulverizando a las oleadas de barcazas que, atestadas de tropas chinas, navegaban con cierta lentitud hacia el Este.

Mientras esperaban en sus refugios, escuchando las lejanas explosiones y los temblores de tierra producidos por éstas, los aviadores preguntábanse preocupados qué clase de bombardeo atómico estaban llevando a cabo sus propias fuerzas. Los norteamericanos, ciertamente, tenían medios para detener en seco aquella invasión marítima de buques de todas clases. Estos medios consistían en las bombas de hidrógeno, susceptibles de producir niebla radiactiva.

La radioactividad producida por una bomba atómica corriente que estallara por encima del suelo duraba unos breves segundos. Una bomba de hidrógeno forrada de acero no producía más radioactividad que otra bomba de uranio o plutonio; pero si se la forraba de cobalto, podía emitir tal nube radiactiva que envenenaría enormes extensiones del planeta.

También una bomba atómica corriente producía niebla radiactiva cuando se la hacía explotar dentro del mar. Y los aviadores yanquis esperaban que ninguno de estos medios de contener al enemigo fueran utilizados en el mar y el estrecho de Bering. Había poca diferencia o ninguna entre destruir una ciudad con una explosión atómica o arrasarla con centenares de toneladas de altos explosivos no atómicos. Pero cuando una explosión atómica surtía efectos análogos a los de los gases asfixiantes o la guerra bacteriológica, podía calificársele, sin género de dudas, entre las armas prohibidas. Entre matar a la gente con gases venenosos o aire envenenado de radioactividad no había diferencia visible. Y todos temían las consecuencias de una guerra bacteriológica. Si los americanos aniquilaban al ejército chino con nieblas radiactivas, lo

más probable sería que los comunistas contestaran de igual forma. Y sólo Dios sabía lo que podría ocurrir entonces.

Tras una larga espera, los altavoces salieron de su mutismo para precipitar el despegue de las escuadrillas de cazabombarderos VTO. Casi pudo escucharse el colosal suspiro de alivio que exhalaron aquellos centenares de hombres abrumados por la incertidumbre. Puesto que iban a salir para atacar a los buques comunistas, podía darse por seguro que no había peligro de radioactividad en el aire sobre el estrecho y el mar de Bering. El Grupo 222 de caza despegó rápidamente poniendo proa al Noroeste.

Los días eran extremadamente largos en aquellas latitudes, pero aunque el sol todavía no hubiera aparecido sobre el horizonte, sus rayos incendiaban ya el espacio comunicando una sonrosada luminosidad al aire y al mar.

A sólo 50 kilómetros de la base, Dave Stewart y los que con él volaban hacia las tierras de Asia en aquella memorable mañana, pudieron ver ya la primera y todavía lejana seta radioactiva causada por la desintegración de los átomos provocada por la mano del hombre. Luego, y a medida que el gigantesco hongo radiactivo parecía crecer en tamaño y altura según se acercaban a él, los aviadores norteamericanos pudieron ver aquí y allá, asomando sobre el combado horizonte, las crestas de otras muchas setas atómicas.

Un terrorífico tifón parecía haber pasado por aquellos parajes. La inmensa llanura acuática estaba llena de restos de naufragios y de manchas de petróleo que centelleaban como láminas metálicas de varios kilómetros cuadrados de superficie.

Las bombas atómicas, evidentemente, habían destruido todo cuanto se encontraba a su alcance sobre la superficie del mar. Pero como Horst Knebel pronosticara, no bastaron, ni mucho menos, para aniquilar completamente a las fuerzas navales soviéticas que navegaban hacia Alaska. A lo largo de 300 kilómetros de ruta, el Grupo 222 voló eludiendo los monstruosos hongos radiactivos, viendo a sus pies gran número de lanchones de desembarco, pesqueros, dragaminas y otras embarcaciones de pequeño tonelaje que navegaban en grupos aislados hacia el Este. Eran barcos soviéticos y chinos, pero el coronel Lockwood los desdeñaba siempre. Aunque en conjunto fueran una fuerza naval respetable, aislados no merecía la pena de gastar en ellos una bomba volante.

Setenta kilómetros al suroeste de la isla San Lorenzo, el radar denunció la proximidad de una importante concentración naval. Unos minutos más tarde, sobre el fondo gris de una nube radiactiva,

asomaban por el horizonte las arboladuras y chimeneas de algunos buques de guerra que flanqueaban una treintena de grandes transportes de tropas. Cada buque andaba separado, por lo menos, dos kilómetros del más próximo, lo que les convertía en un mal blanco para una explosión atómica.

El radar enemigo también debió descubrir a los aeroplanos yanquis. Inmediatamente dispararon medio centenar de proyectiles cohete «suelo-a-aire» provistos de espoleta buscadora.

—¡Atención! —gritó el coronel Lockwood por la radio—. ¡Embraguen los reactores y elévense a veinte mil metros! ¡Rompan filas por escuadrillas!

La formación quedó rota en un abrir y cerrar de ojos. También en un abrir y cerrar de ojos estuvieron los proyectiles «robot» sobre los aviones yanquis, estallando aquí y allá con cegadores relámpagos amarillos, atracando alas y timones de los cazas y precipitándolos al mar dando volteretas.

La bandada de Convairs puso en juego sus cañones electrónicos abatiendo más de la mitad de los proyectiles autómatas antes que éstos se acercaran a una distancia peligrosa. Todo el Grupo embragó casi al mismo tiempo sus reactores y se elevó como una bandada de tórtolas contra las que alguien ha tirado una piedra. En su ascensión, las escuadrillas yanquis describieron un círculo en torno al convoy y empezaron a lanzar «Vampiros».

Con el chorro de gases de su reactor empujándole de popa, Dave Stewart encabritó su máquina ascendiendo como un cohete hasta que a 19.000 metros de altura y a 40 kilómetros de distancia del convoy volvió al vuelo horizontal. Entonces echó una mirada en rededor. Sus muchachos le seguían y el enemigo sólo era visible por medio del radar.

—¡Nick uno a escuadrilla Nick! Embraguen las hélices. Vamos a dar la serenata a esos granujas.

—¡O. K., jefe! —exclamó la voz del teniente Knebel.

Daye cerró el conducto de gasolina del reactor y embragó las turbinas.

—¡ Allá va mi bomba! —gritó tirando del gatillo.

Una lucecilla roja se encendió en el salpicadero anunciando que la bomba acababa de desprenderse. Automáticamente se encendió la pantalla de televisión situada a la izquierda de Dave. En la pantalla de radar, a su derecha, el «Vampiro» era una manchita fluorescente que salía de los círculos concéntricos centrales hacia los exteriores.

El piloto no debía perder de vista aquella rauda lucecilla, al menos hasta que pudiera ver al enemigo en la pantalla de televisión. Dave movió la palanquita del control remoto. El «Vampiro» viró dirigiéndose como una flecha hacia el enemigo. Cinco segundos más tarde, las imágenes de la pantalla de T. V. adquirían perfecta nitidez. El efecto era el mismo que si Dave estuviera picando con su propio aeroplano sobre los buques y observara el panorama a través de un parabrisas chiquitín.

Vio entonces que estaba cayendo hacia un crucero protegido. El buque de guerra hacía jugar sus cañones «barrecielos». Dave veía cómo pestañeaban las armas de a bordo y dibujaban surcos en el aire las balas trazadoras.

De pronto la pantalla quedó a oscuras. La lucecilla roja del salpicadero se apagó también. Era que el «Vampiro» acababa de ser derribado en pleno vuelo.

Mientras giraba en torno a los buques, Dave llamó a sus muchachos advirtiéndoles de la eficaz defensa antiaérea enemiga y lanzó otra bomba dirigida. El «Vampiro» salió por delante de su proa dejando atrás un chorro de gases. Dave empuñó la palanquita de control remoto y la ladeó hacia la izquierda. La bomba volante viró bruscamente hacia babor y Dave empujó la palanca hacia adelante. El «Vampiro», con sus negras alas desplegadas, picó hacia el mar como un pequeño avión.

Vigilando la trayectoria del proyectil, Dave tiró de la palanca hacia sí cuando el «Vampiro» estaba a 3.000 metros de altura sobre el nivel del mar. La verde superficie de las aguas desfiló ante los ojos de Dave hasta que la pantalla quedó dividida en dos por la línea horizontal del horizonte. El convoy, según el radar, quedaba a la izquierda.

Con un golpe de palanca, el piloto hizo virar al «Vampiro» hasta que el convoy quedó centrado en la pantalla. Dave hizo bajar todavía más al pequeño avión suicida. Lo hizo bajar tanto que podía ver los salpicones de agua de la cresta de las olas sobre el objetivo de la cámara tomavistas del aparato de televisión. Aceleró apretando el gatillo. A 3.000 kilómetros por hora, el «Vampiro» se acercó a la maciza silueta de un paquebote.

Inesperadamente, otro «Vampiro» apareció por la derecha poniéndose delante y a la derecha del proyectil de Dave. Otro piloto, por lo visto, habíase encariñado también con el trasatlántico ruso. En la pantalla el comandante veía, a la vez, la tobera de popa del «Vampiro» que le precedía y la gris silueta del paquebote que se agrandaba. Como los gases ardientes del proyectil y la turbulencia

del aire que promovía podían derribar a su bomba volante haciéndole capotar, Dave aflojó la presión de su índice sobre el gatillo dejando que el «Vampiro» predecesor le sacara una delantera de 500 metros.

Vio cómo disparaban contra aquel proyectil con un cañón múltiple montado sobre la cubierta del buque. Pero ni aquel cañón parecía estar mandado por radar ni podía hacer nada ya para evitar que el torpedo aéreo chocara contra el buque.

El meteórico «Vampiro» se acercó al navío como una flecha. En el último instante, Dave le vio dar un brinco en el aire para caer contra el costado del paquebote por debajo de la línea de flotación. Un mazo de llamas, de humo y de planchas de acero retorcidas subió al cielo en mitad de un silencio fantástico. Dave vio perfectamente cómo el coloso se estremecía bajo el brutal impacto del torpedo aéreo y casi le pareció ver también cómo el agua se precipitaba por un negro y enorme agujero abierto en el costado.

Dave remató la obra de su antecesor timoneando para llevar su «Vampiro» hacia la popa del navío. Vio cómo el costado de éste se elevaba a modo de una muralla de sólido acero… vio venir aquella inmensa mole a su encuentro… y cerró los ojos, olvidado momentáneamente de que era su torpedo y no él mismo con su aeroplano quien iba a estrellarse contra el buque soviético.

Cuando abrió los ojos, la pantalla de T. V. estaba a oscuras. La lucecilla roja habíase apagado. Impacto seguro. El paquebote cargado de tropas chinas estaba irremisiblemente perdido.

Lanzando un suspiro de alivio al verse sano y salvo sobre su aeroplano, Dave volvió a disparar un tercer «Vampiro».

En la hoja de servicios del Grupo 222 de Caza, aquel día sería calificado de memorable para el futuro. No sólo serían hundidos por medio de torpedos aéreos todos los buques del convoy atacado, sino también otros muchos barcos a lo largo de una jornada ahíta de emociones. En el momento de soltar el comandante Stewart su «Vampiro» número tres, todos los cien aeroplanos de despegue vertical del grupo estaban lanzando torpedos aéreos contra los navíos rusos.

El tercer torpedo de Dave fue derribado en pleno vuelo por los cañones «bárrecielos» de un crucero soviético. No era fácil acercarse a un buque de guerra erizado de cañones de aquel tipo y los navíos de superficie rojos los llevaban en profusión.

El coronel Loekwood llamó a sus comandantes por radio:

—El fuego defensivo de esos cruceros y destructores es muy

cerrado —dijo—. Tendremos que atacar de diferente forma. Las escuadrillas do] número 100 al 106 inclusive harán bajar sus torpedos hasta ras de las olas y acometerán por todos los costados. Al mismo tiempo, las escuadrillas restantes hasta la 112 llevarán sus bombas hasta situarlas encima del convoy y las lanzarán en picado contra los buques de guerra. Primero los buques de guerra. Luego hundiremos a los transportes. ¿Preparados? ¡Pues adelante!

Dave lanzó su «Vampiro», aceleró y lo condujo con auxilio de] radar hasta encima de la concentración naval enemiga. Los proyectiles de los cañones no alcanzaban a los 22.000 metros que volaban los «Vampiros». Haciendo coincidir la manchita luminosa de su bomba, aproximadamente, sobre las manchas mayores de los buques, Dave apretó de golpe el botón situado sobre el remate de la empuñadura de la palanca de control remoto.

El «Vampiro» plegó sus alas y cayó hacia el mar como una bomba de aviación vulgar y corriente. Como la cámara tomavistas de la emisora T. V. apuntaba verticalmente hacia abajo, Dave pudo ver las manchas pardas de los buques de guerra sobre el mar que plateaba el sol naciente.

Dando golpes de timón, el comandante enfiló uno de los grandes cruceros protegidos. Ya le precedían al menos una veintena de torpedos aéreos. Teniendo enfilado al buque, Dave apretó a fondo el gatillo acelerador de su palanca de control remoto, El «Vampiro», atraído hacia tierra por la fuerza de gravedad y acelerado por el impulso de su motor a reacción bajó a una velocidad de 3.600 kilómetros por hora, no invirtiendo más de 15 segundos en caer sobre el crucero. Este parecía ascender vertiginosamente hacia Dave…

El joven comandante pudo ver perfectamente los surcos de las baterías antiaéreas, la afanosa tripulación acarreando munición, los brillantes casquillos vacíos que saltaban de las recámaras humeantes y rodaban por las cubiertas… En el último instante dio un golpe de timón. Dos torpedos aéreos que le habían ganado la mano estallaron sobre cubierta… Dave vio subir hacia él el negro agujero de la chimenea del buque… enderezó el rumbo…

Fue un blanco neto. El «Vampiro» se introdujo por la chimenea, según las declaraciones de un piloto cuyo «Vampiro» seguía al de Dave. Otro piloto vio cómo se producía una pavorosa explosión y un tercero aseguró que el crucero se hundió en menos de dos segundos.

Dave disparó otro «Vampiro», que fue destruido en el aire mientras picaba sobre un destructor. Cuando iba a lanzar el quinto,

todos los cruceros y destructores de la. concentración naval soviética estaban hundiéndose en mitad de un lago de petróleo. Atacados a la vez por arriba y por todos lados, los navíos rusos hicieron todo lo buenamente posible para defenderse. Pero alcanzados por los meteóricos «Vampiro» teledirigidos fueron enmudeciendo uno tras otro y hundiéndose bajo los esplendores de un rojo sol que ¡emergía del horizonte para lanzar una sorprendida mirada sobre aquel mar de petróleo lleno de restos de naufragio, de botes salvavidas y de hombres que nadaban desesperadamente.

—¡Atención! ¡Fletcher uno a Nick uno! —llamó la voz del coronel Lockwood por radio.

—Diga, coronel —repuso Dave.

—Le dejo aquí con su escuadrilla para que acabe con los transportes de tropas. Yo continuo adelante con los demás.

—Entendido, señor.

El Grupo 222 se alejó dejando solos a los Convair de la Escuadrilla 112.

—Bueno, muchachos —dijo Dave por radio—. La profesión de matarife no es la que más nos cuadra, pero no hay más remedio que hundir esos buques con todos los chinos que llevan dentro.

*** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** *** ***

—¡O. K., jefe! —repuso el teniente Knebel—. ¡Adelante!

Veinte minutos más tarde, David Stewart inclinaba su máquina sobre el ala de babor y echaba una larga mirada sobre el mar. Aquí y allá, envueltos en grandes llamas, 30 grandes transportes y buques que en otros tiempos habían sido trasatlánticos de hasta 20.000 toneladas, se hundían arrojando chorros de petróleo por sus costados. Alrededor de cada navío, millares de cabezas flotaban entre botes salvavidas, balsas, maderas, toneles y mil objetos flotantes que servían de asidero a los desgraciados náufragos.

No sin sentir repugnancia, los pintos de la Escuadrilla 112 de Caza habían realizado a conciencia su labor. Ni uno sólo de los buques escapó. Era tan sencillo hundirles haciendo caer sobre ellos los ágiles «Vampiros», que todos los aviadores llegaron a sentirse molestos por la tarea que les fuera encomendada. Cuando Dave enderezó su máquina y se orientó para regresar a la isla Nuni- kow, dejaba tras sí a varios millares de desgraciados chinos debatiéndose entre el nauseabundo petróleo. Muy pocos de ellos lograrían

salvarse.

Mientras volaba de regreso a Nunikow, Dave veía desfilar bajo sus pies manchas y más manchas de petróleo, botes salvavidas atestados de hombres, buques de todas clases y tonelaje que se hundían o derivaban violentamente escorados y envueltos en llamas, restos de naufragios y millares y millares de cadáveres pavorosamente hinchados.

Vio también veloces escuadrillas de lanchas rápidas, submarinos y caza-torpederos que enarbolaban la bandera estrellada de los Estados Unidos, y formaciones y más formaciones de aeroplanos Convair, F-100 y F-200, así como bombarderos B-47 y B-50 que, cargados de bombas y de proyectiles teledirigidos marchaban a sepultar los restos de las fuerzas navales soviéticas en el fondo del mar de Bering. Todos aquellos millares de aeroplanos, así como los submarinos y las pequeñas y veloces lanchas rápidas, habían acudido en sólo unas breves horas desde los Estados Unidos al agravarse la situación en el Norte.

Cuando poco más tarde saltaba de su «Convair XF-8E» y se encaminaba pesadamente hacia el depósito donde los pilotos vaciaban de aceite sus trajes de vuelo por una válvula situada a la altura de los tobillos, el comandante David Stewart sólo veía en torno caras sonrientes y satisfechas. El Ejército rojo había sido detenido en el estrecho brazo de mar que separaba Asia de América. Y esto no era todo. Iban llegando noticias del exterior, unas malas y otras francamente buenas.

Las escuadrillas de bombardeo yanquis que regresaban de sus incursiones por la Unión Soviética iban dando cuenta del resultado de sus pavorosos raids. La reacción norteamericana no iba a ser cuestión de horas, como decían algunos ilusos, sino de semanas. Pero al cabo de este tiempo, las fábricas y las ciudades de la Unión Soviética y todos sus países satélites habrían quedado tan arrasadas que los comunistas lamentarían amargamente haber aspirado a difundir su doctrina por todos los rincones del orbe. Moscú era ya un pavoroso solar.

Europa las cosas no iban demasiado bien. Rompiendo la débil defensa de los alemanes, las hordas rojas avanzaban triunfalmente sobre una Francia histérica y desconcertada, que lamentaba ya haber simpatizado con el comunismo. Inglaterra que creía poder conservarse al margen de esta guerra sirviéndose de sus viejas triquiñuelas, era atacada por los rusos. Londres, el amado Londres de los ingleses, era un montón de ladrillos surcado por e] Támesis.

En el Atlántico, las fuerzas antisubmarinas norteamericanas, en

estrecha colaboración con los canadienses, barrían el mar de submarinos rojos haciendo así más pequeño el peligro de un bombardeo atómico por mar...

Era, en fin, demasiado pronto para arriesgar conjeturas. Pero los nortéame-ricanos, forzados a luchar por salvaguardar su libertad y su cultura, estaban seguros de vencer, durara lo que durará esta guerra.

Dave escuchaba en silencio los diversos comentarios y pensaba en su hijo. De pronto sintió que alguien le llamaba;

— ¡Dave... Dave...!

Era Bess Milton, corriendo hacia él con el lindo rostro iluminado por la alegría y tremolando en el aire una carta. Dave sintió que el corazón se le paralizaba en el pecho. Su ex-mujer estuvo en un momento sobre él y le abrazó riendo y llorando.

—¡Dave... el niño... mamá... están a salvo! ¡Oh." querido... se han salvado!

Los sollozos impidieron continuar a la joven madre. Teniéndola estrechada sobre su peto de titanio, Dave le arrebató la carta que llevaba en la mano y la leyó por encima de la rubia cabecita que se apoyaba sobre su hombro. Sus ojos saltaron rápidamente sobre los renglones de la letra picuda de la señora Milton: «...después de grandes fatigas... Long-Island... acababas de marchar te... el niño bien... ¡qué horrible...! Te mando esta carta por conducto de un simpático aviador que sale hacia el mismo punto donde tú estás... Besos...»

Los renglones saltaban a través de las lágrimas de felicidad del curtido comandante.

—Gracias, Dios mío... —murmuró dejando caer la carta y abrazando estrechamente a su esposa.

Permanecieron así un momento, rodeados de las miradas regocijadas y curiosas de muchos pilotos y muchachas del WAFS. Cuando finalmente se separaron quedaron mirándose a los ojos, entre alegres y avergonzados.

—Bess. Yo... —balbuceó Dave—. ¿Por qué no te habré dicho antes que te quiero y deseo que vuelvas a mi lado?

—¡Oh, Dave... querido! —murmuró la joven enrojeciendo—. ¿De veras lo deseas?

—¿Cómo puedes dudarlo? Jamás he vuelto a ser feliz desde aquel maldito día en que te concedí el divorcio.

—Nunca debiste otorgármelo, Dave —reprendió Bess con dulzura.

—Tú me lo pediste. Y parecías muy deseosa de obtenerlo...

—¡Tonto! ¿Nunca has adivinado que, si bien lo pedí, siempre esperé que tú protestaras demostrándome que no lo deseabas? Pero tú te apresuraste a allanarme el camino.

—Fui un idiota —confesó Dave—. Siempre lo he sido.

Alguien les golpeó suavemente en un hombro.

Era el zanquilargo teniente Knebel.

—Cuidado —advirtió—. No empiecen a discutir de nuevo,

—¿Y a usted quién le da vela en este entierro?

—preguntó Dave frunciendo el ceño.

—¡Hombre, soy un buen amigo de ustedes dos! —¿No?

Dave miró receloso a su esposa. Pero ésta le devolvía una mirada tan amorosa y diáfana que despertó en él el deseo de reír a carcajadas.

—Tendré mucho placer en ser su amigo —dijo Dave—. Pero a condición de que no le haga el amor a mi esposa.

—¡Qué tontería! —exclamó Horst—. Ella siempre estuvo enamorada de usted. Jamás se me ocurriría hacerle el amor a una mujer que jamás vio en mí otra cosa que un amigo de la infancia. Ella es toda suya, querido amigo.

FIN

INDICE

Novela Novela Original (1956)

Actual



¿Qué oculta a nuestros ojos la atmósfera que envuelve a nuestro planeta Tierra?
¿Se imagina usted la más impenetrable oscuridad, la noche eterna?
¿Qué es lo que recibimos del Sol?

DESTRUCTORES DE MUNDOS

La audaz novela del genial narrador

ALF. REGALDIE

En unas páginas magníficas, llenas de emotividad y acción, hace penetrar al lector en el reino de las tinieblas, donde se mueven, amenazando a la Humanidad, los

DESTRUCTORES DE MUNDOS

Es un relato donde se plantea el problema que tanto intriga del más allá de la atmósfera terrestre y donde la fantasía verosímil, la realidad y la acción campean, ofreciéndole algo inolvidable.

Tal relato ha sido escrito expresamente para la

Colección
Luchadores del Espacio

y aparecerá en nuestro próximo número

TIP. ARTÍSTICA

Precio 5 pesetas

Notas

[←1]

Pilotos japoneses de las «misiones sin regreso». Eran un cuerpo de voluntarios que aceptaban lanzarse en picado sobre el objetivo con un avión cargado dé bombas

[←2]

[1] 3 000 Kilómetros a la hora

2 3600 Kilómetros a la hora